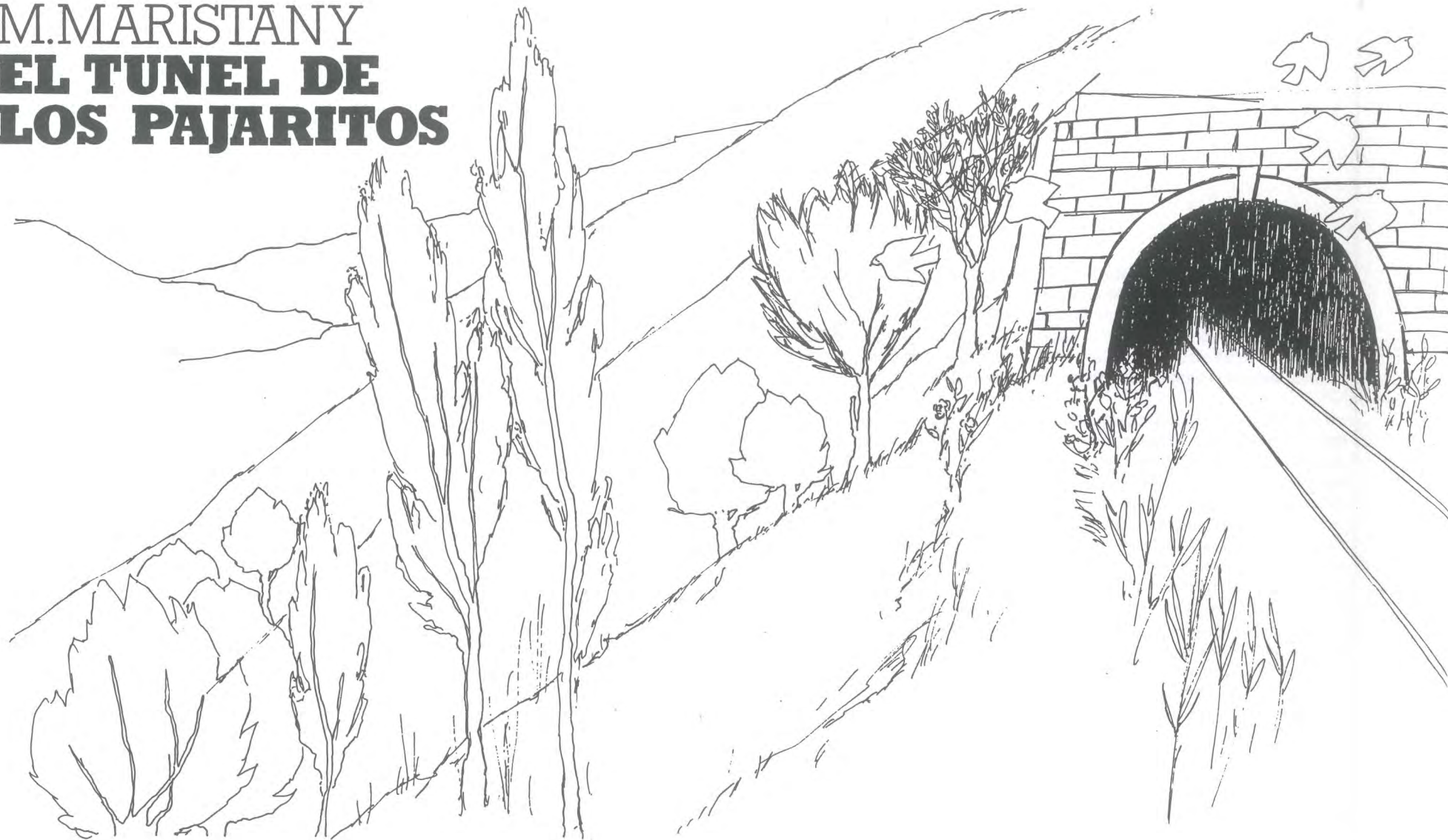


III Premio de Narraciones Breves "Antonio Machado" (1979)
Accésit

M. MARISTANY
**EL TUNEL DE
LOS PAJARITOS**





Manolo Maristany Sabater

Nacido en Barcelona (1930), Manolo Maristany se licenció en Derecho, carrera que prefirió no ejercer para dedicarse a tareas literarias y artísticas; a la práctica de deportes como el alpinismo y el motociclismo —él mismo se llama “motoadicto”—, y a las aventuras del viajar. Formó parte de la famosa expedición “Impala”, que recorrió África de cabo a rabo; fotógrafo del grupo, publicó (Editorial Juventud, 1962) el libro “Operación Impala”. Dos años antes, había transcrito sus experiencias de montañero a “Ha nevado en la Molina”. En 1967, Maristany ganó el premio “Doncel”, con “Rikki-Tikki”; en 1968 publicó “Gurka”, su obra más querida. “FAN” del ferrocarril como pocos en este país, ha dejado muestra de su categoría como fotógrafo en “Adiós viejas locomotoras” (1971) “Carrilets de España” (1973), “Carrilets de Portugal” (1975). En este género de “foto-literatura”, Maristany es un auténtico pionero entre nosotros. De su agudeza e ingenio como narrador de vivencias viajeras ha dado, y da, estupendos ejemplos en numerosas publicaciones (entre ellas, “VIA LIBRE”, de RENFE).

El viajero contemporáneo, confortablemente instalado en una butaca anatómica de un coche climatizado, no prestará la más mínima atención al túnel de los Pajaritos — entre otras cosas porque no tiene la menor idea de la existencia de semejante túnel que, por otra parte, el tren cruza como una exhalación — ni sospechará que en su tiempo fue escenario de titánicas luchas en la oscuridad.

Nuestra vida mortal depende de una serie de circunstancias concatenadas de acuerdo con un orden determinado desde el momento mismo de nuestro nacimiento por unos poderes invisibles que unos llamarán suerte, fatalidad, azar o Providencia. La forma en que estas circunstancias se combinan para garantizar nuestra integridad física puede ser más o menos aparente. Que uno deba la vida a un atasco automovilístico camino del aeropuerto (ataasco que le hizo perder el avión que pocos segundos después estallaba al final de la pista de despegue), es evidentemente una casualidad espectacular. Que uno siga vivo gracias a la regañina que la mujer de un ex-compañero pegó a éste, podrá parecer extraño y necesitará una explicación, pero la verdad es que si Pilar, la mujer del ex-ferroviario Fermín Collado San José, no le hubiera cantado a éste las cuarenta, lo hubiera sacado de la taberna donde rumiaba su desesperación y lo hubiera mandado a la huerta familiar a desenterrar patatas, sus ex-compañeros, el maquinista Juan Sánchez, y el fogonero Fulgencio García, habrían muerto asfixiados en el interior del túnel de los Pajaritos.

Pero será mejor que vaya por los pasos contados para la mejor comprensión del lector. La historia ocurrió allá por los años cuarenta, cuando las locomotoras quemaban carbón de Utrillas, que es el peor del mundo como podrán atestiguar muchos maquinistas supervivientes de aquellos tiempos y

del que se podría decir que cualquier parecido con auténtico carbón — para no hablar de las briquetas de Cardif — es pura coincidencia.

Dos series de circunstancias, extrañas por completo la una a la otra, convergieron inexorablemente en el túnel de los Pajaritos una fría tarde de otoño de 194...

Empecemos por la serie que llamaremos A para mejor entendernos. Un tren carbonero remolcado por una doble tracción — una máquina en cabeza y otra en cola —, resopla vigorosamente en la rampa sur del túnel de los Pajaritos. Este túnel, como todos los de la red, tiene su número correspondiente, pero entre los ferroviarios es conocido por el de los Pajaritos, a causa de las bandadas de gorrones que en verano penetran en su interior para beber el agua que recoge de sus innumerables filtraciones. Al entrar en el tren, los pájaros — que saben latín —, salen disparados para no morir asfixiados. Este agua que gotea del techo, inofensiva en verano, en invierno se hiela sobre los raíles y hace patinar a las máquinas. Se ha hablado de recubrirlo de cemento, pero hasta el momento los buenos propósitos se han quedado en palabras. No hay dinero. El país todavía se está recuperando de los estragos de la guerra civil. De las chimeneas de las máquinas se elevan dos penachos de humo de un blanco deslumbrante que se recortan limpiamente en el severo azul otoñal. La locomotora de cabeza es una joven y eficiente “1.400” en la plenitud de sus facultades, que lo mismo tira de un expés que de un mercancías.

Pero no es esta locomotora la que nos interesa sino la pequeña, panzuda, renqueante y aparatosa “2.500” del NORTE, (conocidas también por “verracos” debido al gruñido, muy parecido al de un cerdo, que emiten al frenar) que jadea en la cola del convoy, empujando con todas sus fuerzas, como si de ello dependiera su vida, lo cual no debe de extrañarnos, pues es proverbial la tenacidad de estas máquinas veteranas de las terribles rampas de Pajares que, después de su electrificación, se repartieron por toda la geografía española. Es una máquina viejísima. Cuando nació, todavía no había estallado la guerra de Cuba. Pero es sólida y está bien construida. Bien cuidada podría llegar al siglo de existencia.

Juan Sánchez, su maquinista, comprueba una vez más, por pura rutina, el nivel del agua en la caldera y la presión del manómetro. Todo está conforme. Nivel de agua a tope y presión al máximo, con la válvula rabiando a ser posible, son los requisitos fundamentales para cometer la subida de una

rampa o la travesía de un túnel con garantías de éxito. Se asoma a la ventanilla y observa la larga hilera de desvencijados vagones que cruje y se curva por lo alto del talud. Las ballestas, dobladas bajo la pesada carga, rechinan penosamente al tropezar las ruedas en las juntas de los raíles. La vía está hecha un desastre. Las traviesas están podridas o quemadas en su mayoría. Faltan también muchos tirafondos. Frente a él, cada vez más cerca, se yergue la inmensa ladera descarnada en la que está excavado el túnel de los Pajaritos. Sabe perfectamente que es el más peligroso de la línea. Es de los que conviene cruzar de un tirón, conteniendo la respiración como quien dice. Es en rampa, en curva, con abundantes filtraciones y, para colmo de males, carece de agujeros de ventilación. En una palabra: reúne todos los inconvenientes y ninguna ventaja. Si las vías están húmedas, cubiertas de hielo o del aceite que se ha vertido de la mangueta de una caja de grasa de un convoy anterior, su travesía puede convertirse en un verdadero infierno. Las máquinas patinan y para salir del mal paso no hay más remedio que atiborrarlas de carbón. En un segundo el túnel se llena de humo asfixiante. A más de una pareja han tenido que sacar con los pies por delante. La máquina de cola es la que se lleva la peor parte: han de tragarse su humo y el de la máquina de cabeza. Pero por lo que se ve, el maquinista de la “1.400” lleva la lección bien aprendida y conoce su oficio a la perfección. El humo que desprende la chimenea de su máquina es blanco, vapor condensado, apenas manchado de gris. Quiere decirse que lleva el fuego bien repartido, vivo y el fogonero no echa ninguna palada de carbón de más. “No hace fuego” para decirlo en términos ferroviarios. A la izquierda de la vía, hacia atrás, va quedando el pueblo, en una hondonada, a la sombra de una arboleda teñida de amarillo por la otoñada. La torre de la iglesia, todavía chamuscada y con abundantes huellas de metralla, emerge por encima de la parda confusión de tejados sobre los que se deshilachan perezosas humaredas. Unos huertos bien cuidados llegan hasta el pie mismo del talud del ferrocarril. Un hombre, con los pies hundidos en la tierra removida de un patatal, se ha incorporado y mira acercarse el pesado convoy con las manos apoyadas en el mango del azadón.

Fulgencio García, el fogonero, abre la puerta del hogar y, atisbando por encima de la pala, extendida a modo de escudo protector, observa con mirada crítica la masa ígnea que crepita suevemente sobre el emparrillado del cajón de fuegos. Una bocanada de aire ardiente le da en la cara tiznada de hollín en la que reluce el blanco de los ojos. Ha reparado en un hueco entre las brasas. A Fulgencio García, fogonero de segunda, no le gustan los huecos entre las

brasas. Por ellos entra aire que enfría el cielo del hogar y hace bajar la presión. Mira la distancia que separa la boca del túnel de la "1.400". Esta va ganando terreno, lenta pero firmemente. Sus bielas se mueven rítmicamente como un equipo de remeros bien entrenados. Todavía está a tiempo. Hunde la pala en la masa de carbón húmedo que rebosa del ténider y con un ágil quiebro de la muñeca lo lanza con puntería sobre el hueco. Repite tres veces la operación. Luego lo alisa todo con el gancho, dejándolo un poco más alto por los laterales y más hundido en el centro. Conoce su oficio. Mucha gente cree que basta con echar carbón al hogar, de cualquier manera. Hay que saberlo repartir. El nunca ha tenido que escuchar la queja de su maquinista al jefe de depósito: "oye, quítame este fogonero que no me sirve", que ha truncado tantas carreras. Cierra la puerta del hogar y guarda el gancho y la pala. Luego se frota las manos con un puñado de borra que lleva perpétuamente en el bolsillo posterior del mono y mira la aguja del manómetro que ha ganado media atmósfera en un santiamén. Satisfecho prepara un cubo de agua y sumerge dos toallas viejas que, si vienen mal dadas, les harán las veces de máscara antigás. Hay que estar prevenido a todo. El no es ningún novato en estas lides. Meterse en el túnel de los Pajaritos es como hacerlo en el propio infierno. Finalmente echa un trago de agua del botijo.

— ¿Quieres? — ofrece al maquinista.

Juan deniega con la cabeza, sin volverse. Acaba de reconocer al hombre del huerto que tiene la mirada fija, como hipnotizada, en la "verraco". Parece que se la quiera comer con la vista o contar los radios de sus ruedas. Es Fermín Collado, su anterior titular. Las relaciones entre ambos son algo tensas. El no tiene ni arte ni parte en lo ocurrido, pero por las miradas atravesadas que le dirige al cruzarse con él en la plaza del pueblo, cualquiera diría que se acuesta con su mujer. El no urdió ninguna intriga para que le despidieran y le dieran a él su máquina. Se la dieron a él, como se la podían haber dado a cualquier otro. Pasando por alto su mal talante, lo saluda con la mano. Tras unos segundos de indecisión, el hombre del huerto le contesta con un ademán desabrido.

— ¡Anda y que te den morcilla! — gruñe Juan despechado.

— ¿A quién has saludado? — pregunta Fulgencio desde la otra ventanilla.

— A Fermín.

— ¿Todavía le dura el cabreo?

— Eso parece.

— No fue culpa nuestra — apoya el fogonero a su superior abriendo los brazos

en un ademán muy expresivo — el mismo se lo buscó. No están los tiempos para mítines. Fermín ha sido siempre muy impulsivo...

— ¡Ni que le hubiera robado la máquina! — le interrumpe Juan que es hombre de buenos sentimientos, incapaz de jugar una mala faena a un compañero — pero atiende, que ya estamos llegando.

La locomotora de cabeza ha entrado ya en el túnel llenándolo de blanco. Uno tras otro, obedientemente, los vagones van desapareciendo en su interior.

Los dos hombres preparan sus pañuelos que llevan anudados al cuello, se miran de reojo y se santiguan a hurtadillas. Hace muchos años que no han puesto los pies en la iglesia. No van a misa ni tampoco se confiesan. Blasfeman corrientemente, de una forma maquinal. Que se santigüen ahora puede parecer un contrasentido, pero ¿acaso no es la vida misma un contrasentido gigantesco? ¿Vale la pena tomarse tantas molestias para vivir una existencia tan aperreada y llena de sinsabores?

— Allá vamos — dice Juan animosamente, con la mano en la palanca del regulador.

Resoplando vigorosamente la "verraco" entra en el túnel cuya bóveda está ennegrecida por el paso de innumerables convoyes. Los enérgicos latidos de la máquina, un tibio manto de vapor y carbonilla y el entrechocar de férreos herrajes envuelven en un segundo a los dos hombres. Girones de humo vuelan rápidamente por encima de sus cabezas y van a perderse hacia el claro óvalo de la entrada del túnel que se enturbia y empequeñece por momentos. Un modesto farolillo de aceite brilla tenuemente en la marquesina a la altura del manómetro de presión.

* * *

El ex-maquinista Fermín Collado San José, es el protagonista de la serie que llamaremos B.

Cuando ha captado en la distancia el peculiar jadeo de su máquina, el corazón le ha dado un vuelco. Lo podría reconocer entre mil. Es inconfundible. Se incorpora del surco abierto entre sus pies y se queda contemplando extasiado las dos altas humaredas de plata que se acercan lentamente. Se ha olvidado del frío que arrecia por momentos. Sopla un cierzo cortante que

entumece los dedos y condensa el aliento. El cielo tiene resplandores de acero como si amenazara nieve. No tendría nada de extraño que mañana el pueblo amaneciera blanco. Los resoplidos de las dos máquinas retumban como un marcial redoble de tambores cuyos ecos devuelve la ladera descarnada. Los gorriones, que hace un momento alborotaban en las ramas de un castaño cercano, han enmudecido de repente. El aire vibra con el sonoro y creciente latido de las dos locomotoras. Los cinchos de la caldera de la "verraco", el bronce de su silbato, el testero pintado de rojo y la bruñida placa del constructor, a un lado de la marquesina, reflejan vivamente los últimos rayos del sol, muy bajos ya sobre la quebrada línea del horizonte. Fermín observa fascinado el peculiar movimiento de las excéntricas de la distribución que atestiguan de forma concluyente la venerable antigüedad de la máquina. Su alta chimenea decimonónica y el domo cuadrado, casi pegado a la misma, le prestan todo el aspecto de un rinoceronte fósil y agresivo. El maquinista está asomado a la ventanilla. En el tónder se apilan las briquetas, tan altas como el techo de la marquesina. Cuando hayan llegado a Zaragoza las habrán quemado casi todas. A Fermín casi se le humedecen los ojos.

Fermín Collado es hijo y nieto de maquinistas. Su abuelo había muerto debajo de una máquina al tratar de recuperar un retraso. Sería una exageración decir que había nacido en la caja de humos de una locomotora, pero sí que prácticamente, en el mismo depósito de máquinas. Un par de calles lo separaban de su casa. Sus sueños infantiles fueron arrullados por el ulular de las locomotoras maniobrando en las vías y el estrepitoso paso de los expresos que hacían temblar la noche con sus imperiosos bramidos. Hasta que no fue mayorcito y se arriesgó fuera del barrio, creyó firmemente que el olor a humo y carbonilla era el normal del aire y que no existían otros ruidos que los resoplidos de las máquinas y el entrechocar de topes. Por lo menos unos sonidos tan agradables. Aprendió a distinguir el pitido de la locomotora de su padre entre la babel de las otras máquinas, porque cada máquina pita diferente, bien sea por construcción o porque su maquinista es un virtuoso del pito. Su padre era capaz de tocar diana floreada con el suyo. Cuando supo andar acompañó a su madre a llevar la comida a su padre al depósito. Agarrado a sus faldas observaba fascinado los negros monstruos de acero. El nunca jugó con aros, tabas o canicas. Sus juguetes fueron auténticas y resollantes locomotoras. El jugó a trenes con verdaderos trenes, cuando otros niños, inconmesurablemente más ricos, tenían que conformarse con pequeñas y tristes imitaciones. Y era el niño más feliz del mundo cuando su padre lo colocaba frente a los mandos de su locomotora y le dejaba empujar el

regulador y sentía que el mecanismo se ponía en movimiento. El maquinista del "ratón" también le tenía mucho cariño y le invitaba a subir a su máquina cuando su padre estaba de viaje. Era un hombre muy viejo, sin hijos ni nietos, superviviente de la encerrona del Barranco del Lobo de cuando la primera guerra de Africa. A veces contaba historias terribles de la crueldad de los rifeños que Fermín escuchaba aterrado. Su máquina era muy pequeña. Por esto se llamaba el "ratón". La empleaban para maniobras y pinzar otras máquinas. A Fermín le gustaba tanto como la de su padre, podía pasarse mañanas enteras depósito arriba, depósito abajo, dándole a la palanca del regulador.

El encendedor de máquinas también le fascinaba. Era el ferroviario más sucio y ahumado del depósito. Tenía la carbonilla incrustada en la piel, como los mineros, y los dientes muy blancos y permitía de muy buena gana empuñar la pala a Fermín que éste apenas podía levantar. Fermín suspiraba por tener una piel como la suya. Lo malo es que su madre no compartía su noble aspiración y lo restregaba enérgicamente cuando llegaba a casa impregnado de carbonilla.

Otros juguetes fueron la placa giratoria y la grúa del cargue. Cuando escuchaba los tres pitidos reglamentarios con los que una máquina pide que le den la vuelta, corría a la placa y, si no estaba el encargado, el mismo le daba a la palanca del control hasta que la locomotora hubiera girado en la dirección deseada. Estos juegos, desgraciadamente, terminaban con la aparición del contraestremer vociferando amenazas.

Cuando tuvo trece años, su padre habló con el jefe del depósito para hacerle entrar en la compañía. Su hermano mayor había ido a la mili y el sueldo de su padre no llegaba para todo. Y por lo que hacía referencia a él, estaba fuera de toda duda que sólo podía ser maquinista.

— Que venga a verme — dijo el jefe del depósito.

Aunque la prueba a que le sometió demostraba que era capaz de conducir una locomotora bajo cualquier circunstancia, el primer trabajo que le encargaron fue el recoger, con otro chico de su edad, las escorias que caían de los cajones de fuego de las locomotoras, cargarlos en una carretilla y llevarlas al economato donde eran repartidas entre todos los empleados. Un comienzo muy deprimente hubo de confesarse a sí mismo. Pero ya era un ferroviario

más y en calidad de tal pudo asistir a las tertulias de los veteranos en el depósito a la hora del almuerzo. Los escuchó respetuosamente dejando que la comida se le enfriara en el plato. Escuchó con la mayor atención sus relatos de la inundación que se llevó el puente y el tren, de la legendaria carrera que en 191... realizó una "800" compound para no perder el enlace con el NORTE a costa de destrozar la vajilla del coche-restaurante, del homérico frenazo que pegó fulano de tal cuando se encontró con un desprendimiento de piedras en la trinchera de la cuesta del Soldado, del salvamento del correo atrapado en el túnel de los Pajaritos el año de la nevada, del puente que vadeó mengano con el agua a la altura de los émbolos...

Entre los ferroviarios, como en cualquier colectividad humana entregada a una tarea común, no faltaban las naturales rencillas y envidias cotidianas: que si a Paco le han dado tal máquina y a mi no, que si Antonio la lleva tan limpia para hacer méritos, que si el maquinista del expres es un creído que mira a los demás por encima del hombro, que si esto, que si lo de más allá. El cuento de nunca acabar. Pero lo cierto es que, a la hora de la verdad, cuando un compañero estaba en apuros, todos se volcaban para ayudarlo. Fermín, al mismo tiempo que aprendió todos los intrínfulis de la profesión, se empapó del alto espíritu de camaradería que reina entre el personal de máquinas.

Después de cenar se escapaba de su casa y corría a la estación para presenciar el paso del exprés. Era el acontecimiento más importante y emocionante de la jornada. Lo esperaba al pie de la toma de agua, escondido bajo los topes de unos vagones de mercancías. Cuando veía acercarse la máquina, con el foco encendido y envuelta en lívidos chorros de vapor, contenía la respiración. La sensación de poderío y majestad que irradiaba la impecable "1.700" lo anonadaba literalmente. Se encogía instintivamente entre los topes como si quisiera desaparecer para no traicionar su presencia a la divinidad. El fogonero ya se había encaramado al tender. El maquinista, asomando medio cuerpo fuera de la ventanilla, frenaba exactamente a la altura de la toma de agua, se detenía frente a él. Las aceradas bielas despedían un embriagador olor a grasa recalentada. De la caja de fuego se escapaba un ronco zumbido y brillantes relámpagos brotaban entre las ruedas. Mientras el fogonero llenaba el tender de agua y picaba el carbón, el maquinista, con el farol en una mano y la aceitera en la otra, engrasaba los roces de las bielas y la pulida superficie del espejo de la corredera y tocaba con la mano los cojinetes de las ruedas para comprobar su recalentamiento. A lo largo del exprés resonaba el musical cling-clong de los agentes golpeando los ejes de los coches con sus martillos de

cabeza redonda. Finalmente el maquinista se instalaba frente a los mandos. Pitaba el jefe de estación y en seguida le contestaba el atronador bramido de la "1.700" que tenía el don de ponerle de punta los pelos del cogote. El exprés arrancaba lentamente, entre resoplidos y silbantes escapes de vapor que salían por los purgadores de los pistones que formaban como unos blancos bigotes a ambos lados de la máquina y lo envolvían con su húmeda tibieza. No se movía de su escondite hasta que el esplendor del coche restaurante había desfilado ante él, con los afortunados comensales hablando de sus cosas frente a una taza de café, ignorantes por completo del niño oculto en la oscuridad. El exprés aceleraba su marcha y pronto no era más que el rojo farolillo de cola que se perdía en las tinieblas bajo el gran penacho blanco de la locomotora. Entonces el jefe de estación se dirigía pausadamente a su despacho con el farol de señales. Poco a poco la estación recobraba la calma rota por el paso del tren y Fermín decidía en su fuero interno que él sería maquinista de exprés.

Su madre lo esperaba furiosa en casa. "¡Andrés, tienes que hacer algo! ¡Este niño me matará a disgustos! ¡Es la tercera vez que se escapa esta semana! ¡Yo no puedo seguir así!". Su padre simulaba un gran enfado, se lo llevaba al patio trasero, se sacaba el cinturón y con una sonrisa de complicidad, lo descargaba varias veces contra la pileta del lavadero mientras él lanzaba unos ayes lastimeros que llenaban de congoja el corazón de su madre.

Indeciso, el maquinista de la "verraco" lo saluda con la mano.

"¡Tendrá coj... el gachó!" piensa Fermín furioso. Personalmente no tiene nada contra él, pero cuando lo ve montado en su máquina no puede evitar que la sangre se le suba a la cabeza. Es como si lo viera paseando del bracet con su mujer. Siente unos celos locos. Hace un gesto vago con la mano que puede significar cualquier cosa. El tren marcha pausadamente por lo alto del talud. Las ruedas de los vagones se destacan contra el cielo. El sol ilumina a contraluz la nube de humo blanco que se desfleca encima del convoy. Su mirada queda prendida de la "verraco" hasta que ésta desaparece tragada por el túnel. Entonces lanza un profundo suspiro. Sus sueños de convertirse en un maquinista de exprés se han evaporado. Lo han despedido. Le han quitado su máquina. Lo han relegado a la condición de paria. Y todo porque un día aciago tuvo la ocurrencia de hablar en la cantina de la conveniencia de fundar un sindicato de ferroviarios, independiente, por supuesto, de la caricatura de sindicato vertical que les han impuesto desde arriba. Buenos amigos le aconsejaron que no siguiera por este camino.

— ¡Que ya no es como antes, Fermín, que los tiempos han cambiado! Haznos caso y no te metas en líos. Te estás jugando el pan de tus hijos.

Por aquel entonces ya tenía dos chicos, un niño de tres años y una niña de pocos meses.

— ¡Pero así no podemos seguir! — protestaba él con vehemencia, furioso por el escaso eco que encontraban sus palabras.

— Por lo menos tienes trabajo ¿no? ¿Qué más quieres?

— Justicia.

Hace dos meses escasos el jefe de depósito lo ha llamado a su despacho y le ha comunicado su decisión, el despido. Lo ha acusado de “actividades subversivas”. Y ha añadido:

— Y puedes darme las gracias de que no se lo haya dicho a la policía, que si no, se te iba a caer el pelo.

Es la ruina, la miseria. Su vida está rota. El no sabe hacer más que de maquinista y fogonero. Quizás pudiera encontrar trabajo de fresador o tornero. Todavía se acuerda de su aprendizaje. Pero lo que más le ha dolido ha sido que le quitaran su máquina. No era ninguna maravilla. El es el primero en reconocerlo. Tiene más años que Matusalén. Pero era su primera máquina, algo así como el primer amor de uno. Una máquina para el solo. Cuando se la dieron estaba lo que se dice hecha una braga: rota, oxidada, sucia, perdía vapor por mil juntas, el silbato sonaba afónico. El la reparó con paciencia y cariño, la ajustó al máximo, la pintó con dinero de su propio bolsillo (no había dinero para pintura en el presupuesto de mantenimiento) sacó lustre a sus metales y afinó el silbato hasta conseguir el recio tono de las “verracos”. Después de pasar por sus manos estaba irreconocible. Era la máquina más limpia y bien cuidada del depósito. Algunos compañeros se burlaban de él. Pero no le importaba. Aparte de la satisfacción de verla relucir como una vieja moneda de oro, su rendimiento había aumentado en un cien por cien y le permitía hacer sustanciosas economías de carbón, lo que se traducían en una mayor semanada. Sus compañeros podían burlarse lo que quisieran, pero su máquina no era una tragona como las suyas. Si el lema no escrito de los maquinistas fuera “todo para la máquina”, él era el que lo

cumplía más a rajatabla. Y con la mejor voluntad. Los días que le tocaba lavado y descanso, los aprovechaba para hacer los machos y dejarlos bien suaves, sacar el aceite del almacén, ocuparse de que le sirvieran buen carbón (dando una pequeña propina si fuera preciso) picarlo y sacar brillo a los metales. Y después de un servicio, nunca se retiraba a descansar hasta haberla dejado bien limpia y atendida. Aunque no le pagaran las horas de más. Había llegado incluso a despertarse a media noche y echarle un vistazo. Después de tres años de servicio había llegado a conocerla mejor que a su propia mujer. Tenía sus flaquezas, como cualquier ser humano, pero podía dar el do de pecho cuando se lo pedía. Ni más ni menos que un buen caballo. Y como un caballo bien enseñado, capaz de pensar y tomar decisiones por su cuenta. A Fermín no le faltaban motivos para creerlo así. En cierta ocasión se paró de repente, de forma incomprensible, y se negó en redondo a echar a andar de nuevo. La palanca del regulador se había atascado y no había forma de moverla. El fogonero había saltado a la vía y gritado con voz temblorosa:

— ¡Fermín, ahí delante ha caído una piedra como una casa!

Durante algunos segundos se queda con la vista fija en la boca del túnel del que salen hilachas de humo blanco. Los gorriones vuelven a alborotar en las ramas del castaño buscando acomodo para pasar la noche. Dentro de unos tres minutos, todo lo más, el carbonero saldrá al otro lado de la montaña, unos pocos metros más alto. Desde donde está, casi puede ver la boca norte. De una forma inconsciente cuenta moviendo los labios: uno, dos tres...

* * *

A menos de cien metros de la salida, la “1.400” empieza a patinar en los raíles cubiertos de hielo. El convoy pierde impulso y reduce su marcha hasta hacerla casi imperceptible.

Juan no puede contener una blasfemia. La visión de Fermín al pie del talud le ha dado mala espina.

— ¡Maldita sea! ¡Con lo bien que iba todo!

La “verraco” patina. El túnel retumba con el jadeo de las dos locomotoras. Rápidamente lo invade un humo denso y sofocante. El fogonero da vueltas a la manivela de los areneros. La “verraco” parece que se agarra a la vía con nuevas fuerzas.

—Algún vagón que habrá roto una caja de grasa— comenta Fulgencio esperanzado.

—Hielo— rectifica el maquinista —Hielo— repite sombrío.

Pero los dos hombres sudan copiosamente. De la cabeza del convoy les llega el terrorífico patineo de la “1.400”, seguidos de intervalos de pausa. Juan mantiene la mano en la palanca del regulador. La locomotora tiembla y se estremece. Sus ruedas giran alocadas. Fulgencio observa ansiosamente el manómetro. La presión está bajando en forma alarmante. La están gastando inútilmente en patinar. Sus esperanzas de cruzar el túnel sin hacer fuego se desvanecen. Empuña la pala y empieza a arrojar carbón al hogar. El resplandor del fuego ilumina dramáticamente la marquesina. Chorros de humo y chispas rojizas surgen de la chimenea de la “verraco”. El aire se ha vuelto irrespirable. Los dos hombres se llevan a la boca las toallas empapadas en agua y procuran contener la respiración el máximo tiempo posible. Apenas se distinguen sus caras iluminadas por el brillo mortecino del farolillo de aceite. El fogonero levanta la trampilla que oculta los bulones de enganche del tender y acerca la boca al chorro de aire más fresco que sube de las ruedas. El maquinista le imita. Pero después de unos minutos toda la atmósfera del túnel se ha vuelto irrespirable por completo. Los hombres tosen y jadean con la boca abierta como los peces recién sacados del mar. Pero hay que seguir la lucha. El fogonero vuelve a alimentar el fuego. La mitad de las paladas se estrellan fuera. La pala se desprende de sus manos. Se las lleva a la garganta, se tambalea y se desploma de bruces sobre la masa de carbón.

Juan lo aparta a un lado y recoge la pala. El esfuerzo lo agota. Cada bocanada de aire que aspira le abrasa los pulmones. Le parece respirar fuego y azufre. Los oídos le zumban. La sangre le martillea en las sienes. Lo va invadiendo una creciente sensación de asfixia. La pala pesa toneladas. Apenas la puede levantar. La boca del hogar es un ojo rojizo que aumenta de tamaño y baila ante sus ojos. El terrible estrépito acaba por aturdirle. Hunde torpemente la pala en la masa de carbón, sin fuerza, y allí la deja clavada. De una forma repentina se dobla sobre sí mismo y cae desvanecido sobre las piernas del fogonero.

* * *

Fermín Collado ha contado cinco veces sesenta, muy despacio, porque uno tiende a adelantarse al reloj. Cinco minutos han transcurrido y la primera

máquina no ha salido al otro lado de la montaña. La humareda que se escapa ahora de la boca del túnel no es blanca sino grisácea, de un gris sucio, espeso y venenoso. A su nariz llegan sus acres emanaciones. “Hielo en la vía” formula rápidamente su diagnóstico. Aquel frío repentino habrá helado el agua sobre los raíles. No ve otra explicación al incomprensible retraso. Las dos máquinas subían la mar de bien. Ya tenían que haber salido hace rato. No puede apartar la vista de la siniestra humareda que brota del túnel. Aumenta por momentos y va cubriendo el cielo. La situación empieza a adquirir un cariz inquietante. El impulso de correr en auxilio de sus compañeros brota de lo más hondo de sus entrañas. Pero lo contiene severamente. “Ni el tren ni la máquina son míos. Ellos me lo han quitado. Me han despedido. Que se arreglen como puedan. Es asunto suyo”. Pero esta reflexión no le convence. Está dictada por el rencor. Juan y Fulgencio son buenos chicos. Les dieron su máquina como se la podían haber dado a Perico de los Palotes. Su mano curtida resbala una y otra vez vacilante, por el pulido mango del azadón. Ellos habrían acudido en su ayuda en un caso semejante. No le cabe la menor duda. Y además la máquina es suya. Va a reventar del esfuerzo...

Con un rugido de desesperación rompe la inmovilidad que lo tenía atornillado al suelo y corre hacia el talud por el que trepa velozmente agarrándose a las matas de romero y tomillo. Llega arriba sin aliento y se lanza hacia la boca del túnel del que no cesan de salir densas oleadas de humo. Penetra en su interior sin vacilar un instante. La bóveda canaliza hasta él el retumbar de las máquinas forcejeando en las tinieblas como monstruos prehistóricos luchando en las entrañas de la tierra. Tropezando en el balasto avanza a ciegas a través de la sofocante atmósfera. Muy pronto puede orientar sus pasos merced al resplandor rojizo que despiende su máquina.

— ¡Juan! ¡Fulgencio! — llama.

Nadie contesta.

No se molesta en subir a la marquesina. Va directamente a los enganches. Las ruedas de la “verraco” patinan ruidosamente haciendo temblar la vía. Los pistones despiden fuego cuando pasa a su lado. Con un movimiento familiar se desliza bajo los topes. Si en aquel momento, a la “1.400” le da por arrancar, él será arrollado por su propia máquina. Es un riesgo que hay que correr y lo antes posible. Se está quedando sin aire en los pulmones. Levanta la pesada brida y la deja caer a un lado. Hace lo mismo con las cadenas. El esfuerzo. la

carrera que se ha pegado y la falta de oxígeno le dejan exhausto y tiene que apoyarse en el tope izquierdo. Siente una penosa opresión en el pecho. Retrocede y sujetándose al pasamanos trepa a la marquesina. Está a punto de caer al tropezar con un cuerpo inanimado. Juan o Fulgencio. Uno de los dos. Como no se de prisa, él va a correr la misma suerte. Se siente al borde de sus fuerzas, como si le fueran a estallar los pulmones. Tiene los segundos contados. Suerte que conoce a su máquina con los ojos cerrados. Alargando la mano en la penumbra aferra la palanca del regulador. Lo cierra. La “verraco” deja de temblar. Da vueltas rápidamente al volante de la marcha atrás. Vuelve a empujar lentamente la palanca del regulador. El vapor penetra en los cilindros. Libre de sus enganches, la “verraco” se despega lentamente del tren. La pendiente la ayuda a deslizarse marcha atrás...

Cuando Fermín recupera el conocimiento está tendido en el suelo de la marquesina, entre pedazos de carbón, junto a los cuerpos de Juan y Fulgencio. Ante sus ojos desfilan rápidamente los campos y los postes del tendido telegráfico. Los contempla aturdido. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Dónde está? Aspira una bocanada de aire puro y frío. Jamás le había sabido mejor el aire. Mira el cielo como si lo viera por primera vez. No se cansa de mirarlo. Parece de porcelana. Y aquellas nubecillas rosadas... ¿Pero por qué corre tanto la máquina? Acaban de dejar atrás el pueblo a toda velocidad. Pronto llegarán al depósito. Torciendo con dificultad la cabeza ve que no hay nadie a los mandos de la “verraco”. Entonces recobra de golpe la conciencia de la situación y recuerda lo ocurrido. La “verraco” ha salido del túnel de los Pajaritos y va directa a la estación donde nadie la espera. Fermín se incorpora torpemente. El aire helado que le da en la cara lo acaba de despejar. La máquina ha enfilado la recta final. Al fondo está la estación, el depósito y una hilera de vagones en la vía que viene él. Se pasa rápidamente el disco rojo de entrada. Dos agentes que lo han visto, corren hacia él agitando los brazos. Uno de ellos se precipita a cambiar la aguja para desviar la “verraco” al estrelladero.

— ¡Detente! — grita el otro.

Pero llega tarde. La máquina rebasa la aguja con entrechocar de aceros. Unos segundos más y las setenta toneladas de la “verraco” multiplicadas por la velocidad se precipitarán como un ariete contra la hilera de pacíficos vagones reduciéndolos a un amasijo de astillas y hierros retorcidos.

Fermín se levanta de un salto, corta el regulador y empuja la palanca del

freno con todas sus fuerzas. Las ocho ruedas de acero, bloqueadas en seco, arrancan una nube de chispas de la vía con un escalofriante estridor. La “verraco” gruñe como no ha gruñido en toda su larga y accidentada vida. Los que están en la estación escapan despavoridos. Fermín da vueltas rápidamente al volante del cambio de marcha invirtiendo brutalmente la entrada de vapor en los émbolos y empuja a fondo la palanca del regulador. Las instrucciones de funcionamiento indican que el freno de contravapor ha de aplicarse en forma gradual, pero estos no son momentos para andarse con florituras. La locomotora parece querer encabritarse, pero ni aún así reduce su vertiginoso deslizamiento. Fermín, con la frente empapada en sudor, no aparta la mano crispada de la empuñadura de la palanca. Impotente, ve acercarse la hilera de rojos vagones. Podría saltar a la vía pero el sentido del deber lo mantiene atornillado en su puesto. La “verraco” resbala cada vez más lentamente. Los de la estación se llevan las manos a la cabeza esperando la colisión...

Con un largo gemido de agonía se detiene a dos metros escasos de los topes del primer vagón. Y allí se queda inmóvil, resoplando estremecida y sudorosa como un caballo después de una penosa carrera, dejando escapar vapor por todas sus juntas.

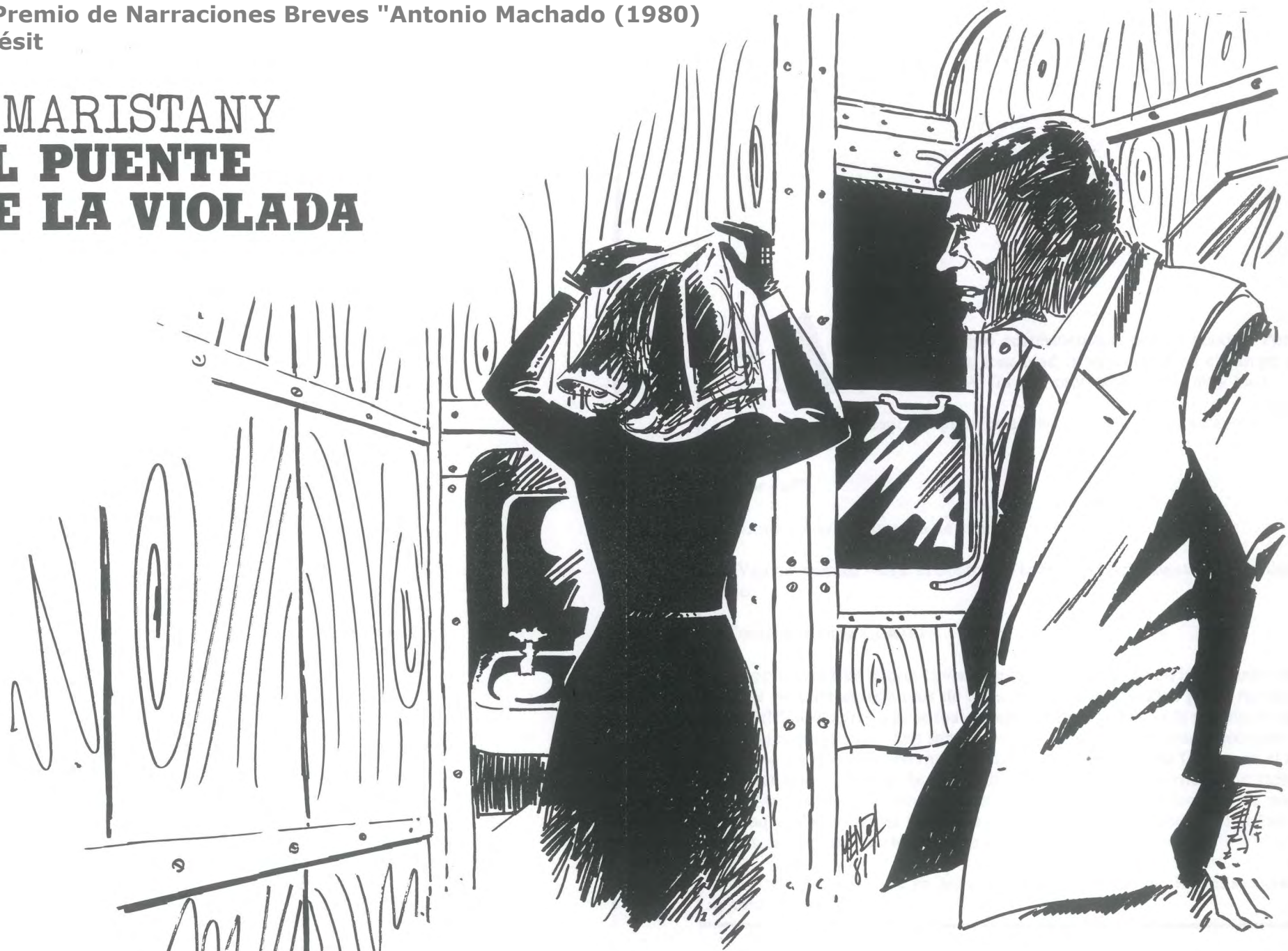
Semejante historia podrá paracer inverosímil al viajero contemporáneo. Y sin embargo, algo muy parecido ocurrió realmente en una lejana tarde de otoño de 194... cuando las locomotoras quemaban carbón y sus maquinistas las cuidaban mejor que a las niñas de sus ojos.

Si el viajero es hombre observador, en su próximo viaje se fijará en el rastro de humo de carbonilla que todavía oscurece la boca del túnel de los Pajaritos y que la lluvia y el sol, dioses indiferentes, tienden a borrar.



IV Premio de Narraciones Breves "Antonio Machado (1980)
Accésit

M. MARISTANY
**EL PUENTE
DE LA VIOLADA**



Manuel Maristany Sabater

Manuel —que gusta de firmarse Manolo— Maristany Sabater, ya finalista en la tercera edición del Premio Antonio Machado con “El túnel de los pajaritos”, nació en Barcelona en 1930. Es un entusiasta militante del ferrocarril que, como fotógrafo consumado, ha plasmado en poéticas imágenes recogidas en libros como “Adiós, viejas locomotoras”, “Carrilets de España” y “Carrilets de Portugal”. Viajero impenitente, montañero, “motoadicto” —según se autodefine— ha recogido sus experiencias itinerantes y aventureras en títulos como “Operación Impala” (1962) y “Ha nevado en La Molina”. Ganador en 1967 del Premio Doncel con “Rikki-Tikki”, al año siguiente publicó “Gurka”, una de sus obras más queridas. Manolo Maristany es colaborador asiduo de numerosas publicaciones, entre ellas la revista de RENFE “Vía Libre”.

-A sesínala —sugirió cortésmente el doctor Máximo Portillo, reconocida personalidad internacional en el campo de la psiquiatría— Al fin y al cabo tú lo tienes muy fácil.

— ¡Que te crees tú eso! —replicó con viveza Sergio Bravo sacándose la pipa de entre los dientes.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ella.

— ¡Vamos, vamos! —dijo el doctor en tono condescendiente— No lo dirás en serio.

—Completamente en serio.

El Doctor Portillo desvió la vista de su amigo y la fijó en la ventanilla tras la que se perseguían regueros de agua de lluvia impulsados por la rápida marcha del Sud-Exprés que se iba abriendo paso a través de la maraña de agujas y señales luminosas. Los suburbios de la gran ciudad iban quedando atrás sumidos en la niebla invernal. Un ligero tufo a carbonilla flotaba en el aire y se mezclaba al aroma de la tortilla a la paisana y la ternera con guisantes que impregnaba el anticuado coche-restaurant resplandeciente de mamparas laqueadas y caoba taraceada. Hizo girar pensativamente el coñac en la panzuda copa que sostenía entre los dedos.

—No cabe duda de que en todas las grandes creaciones humanas aliente un gramo de locura.

—Espero que no me vayas a encerrar por tan poca cosa.

—Te admiro demasiado. Te he admirado desde los tiempos de colegio. Siempre admiré tu fantasía, tu sentido de la independencia, tu audacia en los deportes, tu espíritu de compañerismo. Has llevado una vida novelesca, has viajado por países exóticos, has corrido aventuras... y, por si fuera poco, tus libros son éxitos seguros. Lo único que siento es no haberte podido invitar a una cena de más enjundia.

—Teniendo en cuenta el reducido espacio de que dispone el “chef de cuisine” no puedo objetar nada a la calidad de la cena. El vino, por otra parte, ha resultado magnífico. Si sumara los importes de las cenas y los almuerzos que no me habéis dejado pagar mis amigos, me podría comprar un yate de veinte metros de eslora para dar la vuelta al mundo.

—Querido Sergio, has de comprender que para nosotros, mortales grises y sin relieve, resulta un tónico hablar contigo. Hoy en día una conversación inteligente con una persona interesante no tiene precio. La gente sólo sabe hablar de chismorreos y vulgaridades —el doctor hizo una pausa para sacar su pipa y su bolsa de tabaco—. A veces me dan ganas de mandarlo todo a rodar y vivir la vida a lo grande, a tu estilo.

—No te dejes deslumbrar por las apariencias. No es oro todo lo que reluce. Tú no conoces bien las angustias y las crisis de los escritores. En estos momentos no puedo escribir una sola línea por culpa de Laura. Yo pienso una cosa y ella hace otra.

—Ya te he aconsejado que la asesines.

—No puedo asesinar a la mujer de mis sueños. Es curioso. Tengo la impresión de que he creado una mujer de carne y hueso. Sueño con ella. La puedo tocar. Incluso huelo su perfume de violeta. Pero la condenada se desvanece en cuanto la voy a hacer mía. Es de lo más frustrante.

—La neurosis y la mayoría de los desórdenes psíquicos son efecto de un deseo no satisfecho, sofocado y regolfado en el subconsciente. Aunque —se apresuró a añadir el doctor a la vista del aspecto deportivo y saludable de su amigo— tú eres lo menos parecido a un neurótico que me he encontrado.

—¿Tú crees en la telepatía?

El doctor terminó de atacar su pipa y prendió una cerilla.

—Una ciencia muy interesante aunque sus conclusiones se han de aceptar con muchas reservas. ¿Por qué?

—Porque presiento que Laura vive y se quiere comunicar conmigo.

—Hum —dijo el doctor escéptico—. Los fenómenos telepáticos se producen entre personas vivas. La dinamogenia de las sensaciones...

El resto de la frase se perdió en el fragor de cataclismo que produjo el Sud-Expres al cruzar como una exhalación la tupida red de agujas de una estación de mercancías. Las luces verdes y rojas de un puente de señales se hundieron como relámpagos en la noche.

—... los testimonios recogidos prueban que algunas personas que atraviesan crisis o están en peligro de muerte, se aparecen a sus amigos o parientes —el doctor expelió una bocanada de humo y preguntó—: ¿En qué época situas tu novela:

—En la guerra civil...

—Pues dudo mucho que Laura pueda ejercer su atractivo sobre tí. Debe de tratarse de una mujer madura o una anciana respetable.

—Todo lo contrario: es joven y muy guapa. Y te diré más: esta noche siento particularmente su atractivo. Es como cuando a uno le miran fijamente el cogote.

—¿No será aquella dama que en toda la cena no te ha sacado los ojos de encima? —preguntó el doctor—. También es muy guapa.

Sergio se volvió sorprendiendo la mirada de la mujer que de repente fingió interesarse por su taza de café.

—No, Laura es rubia, tirando a pelirroja.

— ¡Ah! —exclamó el doctor abriendo la boca.

—Sí —continuó Sergio con creciente entusiasmo— Tiene un tipo soberbio y un escote que da vértigo.

—El encanto de una mujer reside en un busto hermoso —sentenció sabiamente el doctor.

—Pero lo más notable de ella son sus ojos verdes, como de aguamarina, rasgados y velados por una bruma de misterio. Le confieren un carácter enigmático. Yo siempre he sostenido que una mujer, por guapa que sea, no vale un pimiento si no tiene una mirada interesante y misteriosa, como si nos quisiera ocultar algo.

—A veces el misterio no es más que simple miopía.

— ¡Laura no tiene nada de miope!

—Perdona chico, no quería ofenderte. Tu mujer, en paz descanse, era la antítesis de Laura: menudita, vivaracha, morena, extrovertida...

—No pierdas nunca de vista que los intelectuales somos un pozo de contradicciones y a la hora de la verdad, ante determinadas curvas y un guiño de ojos (del color que sean) reaccionamos como cualquier hijo de vecino y se apodera de nosotros aquella locura fugaz tan favorable a la propagación de la especie como diría mi admirado doctor O'Grady. Pero a lo que iba: Laura me inquieta.

—Son los riesgos de tu profesión. Te concentras demasiado al escribir. Sufrés de hiperestesia imaginativa. Llegas un momento que no distingues la ficción de la realidad. Y si a todo esto añades una botella de buen vino, una copa de coñac y la aureola de misterio que envuelve este tren, no tienes por qué extrañarte que los efectos se multipliquen.

Sergio denegó con la cabeza.

—Sé perfectamente dónde acaba la ficción y dónde empieza la realidad, pero no descarto la idea de que Laura, en sueños, me dé la clave de mi novela.

—Pareció reflexionar— Creo que voy a pedir otro coñac... pero esta vez dejarás que invite yo —se volvió y llamó—: ¡Camarero!

Contrarrestando hábilmente los bandazos, el mozo les volvió a llenar las copas. Las ráfagas de lluvia continuaban azotando la ventanilla. Fantasmales girones de humo se desflecaban velozmente al otro lado del cristal. El Sud-Exprés aceleraba su marcha a través de la campiña empapada. Sus roncós bramidos rasgaban la noche exigiendo imperiosamente vía libre y alertando a los adormilados guardabarreras en sus solitarias casillas. A su paso temblaban las modestas estaciones rurales.

—Háblame de tu novela... y de tus sueños —rogó el doctor.

—¿Vas a psicoanalizarme?

—Sin que te cueste un duro.

Sergio habló largo y tendido. El doctor lo escuchó atentamente disimulando su mirada inquisitiva bajo el peludo arco de sus cejas. Asentía gravemente con la cabeza. A la una y media todavía continuaban mezclando el humo de sus pipas. Hacía mucho rato que el maestresala había terminado de pasar las cuentas. Y habrían continuado divagando sobre el amor, la autosugestión, el genio creador, los poderes ocultos de la mente y las alucinaciones telepáticas cuando les interrumpió el interventor uniformado de azul oscuro. Llevaba un libro en la mano.

—A Vd. quería verle, don Sergio. Antes le ví subir y me dije: esta vez no se me escapa y me dedica su última novela.

El escritor lo invitó a sentarse y pidió una nueva ronda para los tres. Garrapeó unas líneas en la primera página del libro y se lo devolvió.

—Ahí la tiene Vd., señor González.

—Mi señora se lo agradecerá mucho —dijo éste leyendo rápidamente la dedicatoria— Es una incondicional de Vd., pero dice si alguna vez podría hacer que sus novelas terminaran bien.

—¿En boda? —bromeó el escritor— ¿Vd. cree que la vida, los retazos de vi-

da, terminan con un colorín colorado y comiendo perdices? La vida no es así —se guardó la pluma en el bolsillo de la americana— Dígale a su mujer de mi parte que si hiciera acabar bien mis libros no le gustarían ni la mitad. Las historias tienen que terminar con cierto regusto a amargura que nos haga reflexionar.

—Pero una vez, por lo menos.

—Ni una.

El interventor se levantó de la mesa y se caló la gorra cruzada por dos ramas de roble plateadas.

—De todas formas lo compraré igual. Les voy a tener que dejar. Esta noche tengo mucho trabajo. Muchas gracias por todo.

—Nosotros también nos vamos —dijo Sergio echando hacia atrás la butaca de cuero negro— Empiezo a captar deseos homicidas en la mirada del maestresala.

Los dos amigos se despidieron en el fuelle de separación de sus coches respectivos.

—Que sueñes con Laura —deseó el doctor a su amigo. Sonrió ligeramente— Y a ver si esta vez tienes más suerte.

Una vez en la soledad de su “single”, el novelista bajó el cristal de la ventanilla y dejó que el aire helado de la noche le diera en la cara. Había dejado de llover y por un claro entre las nubes brillaba la luna en un cielo terso y limpio. En la lejanía se columbraba la lívida blancura de la Sierra del Perdón hacia la que se dirigían a toda velocidad. El tren corría pegado a la orilla izquierda del río Clamores. Durante unos segundos Sergio prestó una distraída atención al rápido bisbiseo de los émbolos de la locomotora de cuya chimenea se desprendía un enorme penacho algodonoso. La charla lo había desvelado. La imagen de Laura le rondaba por la cabeza con rara intensidad. Durante largo rato miró sin ver el poderoso discurrir de la corriente murmurando sus sortilegios bajo el fulgor azulenco de la luna.

Seguía despierto cuando el Sud-Expres se detuvo resollante en la estación de Miranda del Río Clamores para proceder al cambio de locomotoras. El

intenso frío hizo desistir a los viajeros de bajar a estirar las piernas entumecidas o tomarse un café en la cantina. Sergio se abrigó con su pelliza y se apeó para curiosar la maniobra con las manos hundidas en los bolsillos forrados de piel.

El importante enclave ferroviario norteno había entrado en actividad con la llegada del exprés procedente de la frontera. Moviendo las aceitadas bielas con parsimonia, la fatigada locomotora se retiró al depósito. Tomaron el relevo dos negras y relucientes Mikados que retrocedieron desde una vía muerta, obedientes a las indicaciones que les hacía el enganchador agitando un farollillo rojo. La de cabeza iba equipada con quitanieves. El enganchador se deslizó bajo los topes y con precisos movimientos conectó las bridas y acopló las manguetas de los frenos.

—Listo —avisó subiendo al andén.

Mientras tanto los visitantes habían recorrido todo el convoy golpeando las llantas de las ruedas con sus martillos.

El primer maquinista, un individuo corpulento y de tez rojiza, bajó de su cabina con grandísima dignidad y comprobó personalmente los enganches.

Sergio volvió a su coche y esperó, con el pie en el estribo, a que el Sud-Expres se pusiera lentamente en marcha envuelto en nubes de vapor y gloria. Se disponía a cerrar la portezuela cuando vio a la mujer enlutada. Había salido de la sala de espera y corría hacia él en línea recta. Algo familiar en su aire y en sus movimientos lo sobresaltó profundamente. ¿Dónde la había visto antes?

—¡Ayúdeme, por favor! —suplicó la desconocida tendiéndole una mano enguantada de negro.

Sergio no se lo hizo repetir dos veces. Bajó el estribo y enlazándola por la cintura la izó con un vigoroso impulso que la arrojó contra él. La mantuvo abrazada unos instantes. Percibió con toda claridad el perfume a violeta que se desprendía de ella.

—Un poco más y pierde el tren —bromeó separándose y haciéndola subir a la plataforma. El velito de tul que colgaba del anticuado sombrero le ocul-

taba media cara y la expresión de sus ojos— ¿Va Vd. en este coche? Antes no la he visto bajar.

—No —jadeó entrecortadamente la mujer— ¿Me podría esconder?

—¿Está Vd. en peligro? —preguntó Sergio lanzando un rápido vistazo al desierto pasillo del coche-cama. La cogió del brazo— Venga conmigo.

Abrió la puerta de su “single” y la invitó a pasar, asegurándose de que nadie los había visto.

—Si hubiera sabido que iba Vd. a presentarse hubiera dicho al conductor que no preparara la cama —se excusó al reparar en el blanco cobertor abierto sobre la manta.

—No tiene importancia —dijo la desconocida terminando de entrar— Cierre la puerta... con pestillo.

Sergio se apresuró a correr el pasador esperando sentir contra los riñones el cañón de un revólver. Era un riesgo calculado que asumía con el mayor entusiasmo. Como nada de esto ocurrió, se volvió con precaución. La desconocida se había retirado al fondo del departamento y lo miraba de hito en hito. Se había despojado del abrigo con cuello de piel y aparecía enfundada en un sencillo y ajustado traje negro que ponía de manifiesto la esbeltez de sus caderas. El pecho que se agitaba bajo la tela justificaba ampliamente la teoría del doctor Portillo sobre el encanto femenino. Pero lo que le cortó la respiración fueron los rizos que se escapaban bajo la inclinada ala de su sombrero: eran de un rubio caoba. Hizo un esfuerzo para dominarse y hablar con naturalidad.

—Puede sentarse —le indicó con un ademán tranquilizador.

La desconocida se sentó en el borde de la cama juntando modosamente las rodillas revestidas de medias de seda negra con costuras. Los zapatos también parecían condenadamente anticuados, aunque esto, en la actualidad, nadie lo podía afirmar con certeza. Sergio la contempló fascinado, conteniendo el aliento. Descartó rápidamente la idea de que podía tratarse de una prostituta. La simple sospecha le horrorizaba. Aquella joven (no ten-

dría más de treinta años) tenía una clase y una dignidad que sería inútil buscar en una prostituta. De lo que no cabía la menor duda era de que estaba mortalmente asustada.

—¿Quiere que avise a la policía? —preguntó.

—No...

¿Quién podría ser? ¿Una espía? ¿Una prófuga de la justicia? Le dominaba una enorme curiosidad. ¿Y si fuera...? La idea era descabellada y sin embargo...

—Me llamo Sergio Bravo —se presentó— Si puedo hacer algo por Vd. no tiene más que decírmelo.

—Siento causarle tantas molestias —se lamentó la joven retorciéndose los dedos.

—No es ninguna molestia. Si me lo permite le voy a dar algo que la reanimará. Está Vd. temblando de frío.

Sin esperar su consentimiento soltó las correas de su maleta y sacó un frascito de brandy, regalo de una admiradora. Vertió un poco en el vaso del lavabo y se lo tendió.

—Ande, eche un trago y se sentirá mejor.

La desconocida se levantó un poco el velo (pero no lo suficiente) y bebió un sorbo. En el silencio del departamento se escuchó el trac-trac de las ruedas y el jadeo acompasado de las locomotoras atacando las primeras rampas de la Sierra del Perdón. La joven le devolvió el vaso y aguzó el oído.

—Nos acercamos al puente —susurró.

—¿Qué dice? —preguntó Sergio sin entender. La miró perplejo con el vaso en la mano— ¿Quiere un poco más? Si le parece le puedo dejar el departamento. En el coche de al lado va un amigo mío...

— ¡No me deje, por favor! —exclamó la desconocida cogiéndole la mano libre. ¡No me deje, se lo suplico!

—Tranquilícese, no la voy a dejar. ¿Pero, podría decirme de qué tiene miedo? Si lo supiera, quizás podría ayudarla.

La joven pareció no oírle. Seguía tensa como un arco.

—¿Ha oído? —preguntó alarmada.

—¿Qué?

—Pasos en el pasillo.

—Será algún viajero que habrá ido al lavabo.

La desconocida se relajó un tanto y le soltó la mano.

—¿Por qué no se sienta conmigo?

Sergio se sentó a su lado. Era como estar reviviendo un sueño. La mayoría de sus sueños con Laura empezaban así: un encuentro fortuito en un lejano parador en una noche de invierno y situaciones por el estilo. Pronto se despertaría.

—¿Está más tranquila ahora?

—Mucho más —dijo la joven sacándose un largo guante de cabritilla negro— Supongo que mi conducta le habrá parecido un tanto rara.

—Digamos que estoy un poco sorprendido, intrigado. Comprenda que no es corriente que a las dos de la madrugada una desconocida salte al Sud-Express en marcha y le pida auxilio a uno. ¿No será Vd. por casualidad la legendaria Madonna de los Sleepings?

—No.

—Pues tiene todo el aspecto —Sergio le dirigió una mirada de soslayo— ¿Le

importaría levantarse el velo? Me gusta ver los ojos de mis interlocutores cuando hablo con ellos.

—No se lo aconsejo.

— ¡Vaya, ésta sí que es buena! ¿Piensa fulminarme con la mirada?

—Quizás.

—No me importa correr este riesgo.

La joven no contestó. Se levantó, corrió la cortinilla de la ventana y después de frotar el cristal empañado contempló absorta las manchas de nieve que habían aparecido en el paisaje. Sergio admiró su estrecha cintura. El corazón le latía con fuerza presintiendo inquietantes revelaciones.

—No quisiera causarle ningún mal —dijo la desconocida sin volverse.

—El dolor nos sienta bien a los escritores. Da profundidad a nuestras ideas e interés a nuestro estilo. —Sergio se sirvió un dedo de brandy en el vaso— Le repito que no me importa correr el riesgo de ser fulminado por unos bellos ojos, porque estoy seguro...

La joven se había vuelto lentamente y se había levantado el velo dejándolo prendido en el ala del sombrero. La sorpresa casi derribó a Sergio sobre la almohada: dos ojos verdes sombreados por espesas pestañas se fijaban en los suyos con turbadora intensidad. El frasquito de brandy se desprendió de sus manos y cayó al suelo.

— ¡Santo Cielo! —exclamó estupefacto.

—¿Estás más contento ahora? —preguntó la desconocida con una sonrisa triste volviendo a sentarse a su lado.

—¿Quién eres? —tartamudeó Sergio.

—Laura —contestó la joven con sencillez— ¿Qué no lo ves?

—Tú no eres de carne y hueso —replicó Sergio incrédulo, apartándose un poco.

Laura se acercó insinuante.

—Soy de carne y hueso. Puedes tocarme.

Sergio se pasó la mano por los ojos.

—Debo de haber bebido demasiado. Estaré soñando otra vez. Siempre sueño contigo.

—Lo sé muy bien, querido, pero esta vez no sueñas. Esta vez no me desvaneceré en tus brazos porque esta noche necesito que me quieras mucho y me protejas. Tengo mucho miedo... ven...

Todavía vaciló un poco Sergio, pero Laura le echó los brazos al cuello y acercó su boca a la suya. Sergio gimió.

— ¡Estoy soñando otra vez!

—No sueñas, tonto, mira —Laura posó sus labios sobre los suyos y le besó con infinita dulzura— ¿Ves como no sueñas?

Sergio le devolvió el beso. Aquella boca cálida y apasionada que se fundía con la suya y aquel cuerpo mórbido y elástico que se apretaba contra el suyo no tenían nada de irreales. Aunque no descartaba por completo la idea de que estuviera bajo los efectos de una alucinación telepática como le había sugerido su amigo.

—Amame —susurró Laura con la boca pegada a su oído— Fuiste muy valiente y quiero premiar tu valor. Tenemos muy poco tiempo...

Manteniéndola abrazada tanteó en la cabecera de la cama con la mano izquierda hasta sumir el departamento en la oscuridad. ¿Qué habría querido decir con aquello de que había sido muy valiente y quería premiar su valor y que tenía poco tiempo? Muy pronto el significado de aquellas palabras dejó de preocuparle. Su mano se deslizó bajo la falda de la joven, rebasó el

extremo de la media de seda y acarició su piel satinada. Laura se estremeció con un escalofrío muy terrenal.

Riscos sombríos, laderas nevadas y profundas gargantas fueron desfilando velozmente por el recuadro azulado de la ventanilla. El Sud-Exprés ganaba altura metro a metro y se acercaba inexorablemente al Puente de la Violada cuyos atrevidos arcos de piedra dominan en casi un centenar de metros la siniestra hoz del río Clamores.

—¿Has sido feliz? —preguntó Laura media hora más tarde saltando de la cama.

— ¡Por fin! —acertó a responder Sergio con la cabeza todavía en las nubes. Esta vez Laura no se había desvanecido en sus brazos. Si aquello era telepática, a partir de ahora sería un asíduo de la misma. Entreabrió los ojos perezosamente y miró a Laura que hacía descender el vestido sobre sus caderas.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido— ¿Por qué te vistes?

—Tengo que estar preparada —contestó Laura sin mirarle.

—¿Para qué?

—Para bajar.

—¿Para bajar? —se asombró Sergio— ¡Si faltan por lo menos cuatro horas para llegar!

Laura continuó vistiéndose con rígidos movimientos de autómatas.

—¿Me puedes explicar el jaleo que te traes entre manos? —preguntó Sergio saltando también de la cama y empezando a vestirse— ¿Te persigue alguien? ¿Tu marido?

—Esto deberías saberlo tú, mejor que yo —contestó Laura estirándose una media sobre el muslo y prendiéndola en la presilla del ligero— Al fin y al cabo tú eres el que escribe el libro... mi tiempo se acaba —aguzó el oído— Estamos llegando. ¿No oyes como resoplan las máquinas? Ellas también tienen miedo.

— ¡Por el amor de Dios! —se enfadó Sergio haciendo equilibrios sobre un zapato a medio abrochar— ¡Deja de hablar en jeroglífico!

—Tengo que estar preparada —insistió Laura calzándose el guante derecho—
¿No has visto el otro?

Sergio le aferró la muñeca con rudeza y la obligó a volverse.

—No voy a permitir de ninguna manera que te vayas de mi lado ahora que te he encontrado. Tengo mil preguntas que hacerte.

Laura levantó los ojos y le acarició la mejilla con ternura.

—Querido, es inútil rebelarse contra lo que está escrito en las estrellas.

— ¡Qué estrellas ni qué niño muerto! —empezó Sergio furioso. Pero se calló de repente al reparar en la profundidad insondable de aquellas pupilas de aguamarina que parecían mirar a través de él sin verle— ¡Por lo que más quieras, dime, quién eres!

—Soy Laura, tu heroína. ¿No querías saber lo que va a ocurrir en tu novela? Ahora lo sabrás. Ayúdame a ser fuerte.

Sergio miró asustado aquellos ojos vacíos. ¿Había corrido una aventura con una loca? Pero las locas no conocen los más recónditos pensamientos de uno. Empezó a dudar de sus propias facultades mentales.

— ¿Cómo sabes lo de mi novela? Yo no te he dicho nada.

Laura se llevó el índice a los labios reclamando silencio. Parecía escuchar detrás de la puerta.

— ¿Has oído? —preguntó con labios exangües.

— ¿Qué?

—Pasos.

—El conductor o un viajero que habrá tenido una necesidad.

—No —denegó Laura con voz trémula retrocediendo en dirección a la ventanilla— Son ellos, vienen a buscarme.

— ¿Ellos? —preguntó Sergio sintiendo contra su voluntad que se le erizaba el pelo del cogote. Si la joven era una farsante, había que reconocer que facultades dramáticas no le faltaban. Era difícil fingir un terror semejante—
¿Quiénes son ellos?

—Los moros.

— ¿Qué moros? —se sorprendió el novelista lo indecible— Yo no he visto moros por ninguna parte.

—Son los moros, lo sé. Vienen a buscarme —el terror desencajó las facciones de la joven que se arrojó en brazos de Sergio— ¡Antes me mataré! ¡No dejes que me cojan!

Sergio la abrazó fuertemente. Loca o no, la quería con toda el alma.

—Tranquilízate mujer. Ahora te demostraré que en este tren no hay moros de ninguna clase —corrió el pasador de la puerta— Míralo tú misma.

— ¡Cuidado! —chilló Laura blanca como la seda.

Sergio se asomó al pasillo. En un extremo del mismo el conductor dormitaba con la cabeza apoyada en la mesita de servicio. Curiosamente no se había despertado con el grito de la joven. Sergio se dirigió a la plataforma opuesta. No había nadie. Tranquilizado volvió a su departamento. En aquellos momentos el tren cruzaba un altísimo viaducto en curva. Antes de empuñar el tirador de la puerta echó una rápida mirada al abismo sombrío, apenas iluminado por la claridad lunar. Abrió la puerta.

— ¿Ves como...?

Las palabras se le helaron en la boca. Laura acababa de pasar al otro lado de la ventanilla y saltar al vacío. Se precipitó hacia ella. Aún pudo ver su cuerpo caer en lentos espirales al fondo del barranco. Se volvió como un rayo y tiró del timbre de alarma consciente de la inutilidad de su gesto.

Desconectado el sistema de vacío, las ruedas del tren se bloquearon automáticamente y el Sud-Exprés se arrastró rechinando terriblemente envuelto en una nube de chispas hasta detenerse, cien metros más allá, en una trinchera nevada, con una brusca sacudida final que arrojó a los viajeros de sus camas y y butacas, los equipajes de las rejillas y estrelló contra el suelo de la cocina dos pilas de platos. Se escucharon ayes y gritos de dolor.

Antes de que el tren se hubiera detenido por completo, Sergio ya había saltado a la vía y corría hacia el puente hundiendo los pies en la nieve. Algunas cabezas desgredadas se asomaron a las ventanillas.

—¿Qué pasa? ¿Contra qué hemos chocado?

Sergio llegó al puente sin aliento y aferrado al parapeto escudriñó las tinieblas donde blanqueaba la impetuosa corriente del Clamores.

—¡Laura! —se desgastó desesperado, una y otra vez, pues comprendía con mortal claridad que no cabían esperanzas después de aquel salto terrorífico. Le respondió el áspero gruñido del río debatiéndose entre las rocas cubiertas de hielo negro.

Ya había recuperado el control de sí mismo cuando el jefe de tren, el interventor y Máximo lo descubrieron crispado sobre el abismo.

—¿Qué ha ocurrido? —jadeó el jefe de tren que empuñaba una potente linterna.

—¡Una mujer se ha tirado al río! —contestó Sergio.

—¿La vio Vd.? —preguntó receloso el jefe de tren dirigiendo el amarillento haz de la linterna hacia las nevadas copas de los abetos que subían como flechas de las profundidades.

—¡Como lo estoy viendo a Vd. ahora! ¡Saltó delante de mí!

El jefe de tren y el interventor cambiaron una rápida mirada de inteligencia. A todas estas se había acercado el primer maquinista con la boina hundida hasta los ojos.

—¿Qué ha ocurrido? —rezongó de mal humor—

—Nada, que este caballero ha tenido un mal sueño y ha soñado que una mujer se tiraba al río —explicó el jefe de tren guiñándole disimuladamente un ojo.

El maquinista, un veterano de la línea, se santiguó y pareció escrutar las tinieblas. Movié la cabeza.

—No podemos hacer nada por ella. Diremos que envíen un tren de socorro mañana.

—Parece que no me creen —se irritó Sergio— Les prometo que la vi saltar del tren. La había escondido en mi departamento después de que subiera en Miranda. Parecía que huía de alguien.

—En Miranda no subió nadie —dijo suavemente el interventor.

—¡Le juro que sí subió!

El doctor Portillo pasó un brazo por encima de los hombros de su amigo para apartarlo del puente. Estaba helado de frío.

—Cálmate Sergio, no des un espectáculo ahora. Mañana vendremos los dos con el tren de socorro y veremos lo que se puede hacer.

Sergio dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. No tenía sentido demorar la partida del tren. Laura se habría partido la cabeza contra los estribos del puente o habría muerto ahogada en las heladas aguas del Clamores.

El jefe de tren ordenó al maquinista que se volviera a la locomotora dando por terminado el incidente. Sergio echó a andar desalentado. Se dirigió al doctor:

—Ven conmigo a mi departamento y te demostraré que no he soñado. Venga Vd. también señor González.

La válvula de seguridad de la segunda máquina se había disparado y una sil-

bante humareda atronaba en la noche mientras las escorias incandescentes que caían de la parrilla, teñían de rojo las paredes de la trinchera. El jefe de tren, con el pie en el estribo, comprobó que no quedaba ningún viajero en tierra e hizo señas con la linterna a los maquinistas: «Las locomotoras emitieron una tos seca y profunda y arrancaron haciendo patinar ruidosamente las ruedas.

Sergio acompañó al doctor y al interventor a su departamento. La ventana seguía abierta y dejaba entrar el frío y el humo de las máquinas. El interventor se apresuró a cerrarla. El doctor registró el departamento con la mirada y dijo:

—Bueno, ahora cuéntamelo todo con calma y sin olvidar ningún detalle.

Sergio lo hizo con pocas y concisas palabras. El doctor lo escuchó sin interrumpirle. Cuando terminó, mostró la cama revuelta.

—Y ahí tienes la prueba de que pasara la noche conmigo.

—Esto no prueba nada —objetó el doctor— Ningún tribunal te aceptaría esto como prueba. Dirían que la ventanilla la abriste tú y la cama la revolviste al dormir. ¿No opina Vd. lo mismo señor González? Nos hace falta algo más convincente. Dices que ella se vistió apresuradamente. Quizás se olvidara alguna prenda de vestir.

Entre los tres pusieron el apartamento patas arriba y lo único que encontró el doctor fue el frasquito de brandy debajo de la cama.

—¿Y esto? —inquirió blandiéndolo acusadoramente.

—Me olvidé decirte que la había invitado a un trago —alegó Sergio.

—¡Ah! —dijo el doctor.

—¿No pretenderás que sea un alcohólico, verdad? ¿No es esto lo que estás pensando, que tengo alucinaciones de borracho?

—Yo no pretendo nada. Sólo me pongo en lugar del juez. No te excites. Dices también que ella chilló de miedo.

—Como una loca.

—Entonces ¿cómo te explicas que ni los vecinos ni el conductor se despertaran?

Sergio admitió a regañadientes lo acertado de la observación.

—Sí, recuerdo haber visto al conductor dormido, pero...

—¿Ves como todo es una jugarreta que te ha jugado tu imaginación hiperestésica estimulada por cuatro copas de más?

El interventor carraspeó cortésmente.

—¿Por qué no vienen conmigo al coche restaurante y les preparo una tila caliente que nos calmará a todos? Tengo algo que contarles que les va a interesar.

El tono enigmático con que pronunció estas palabras hizo que los dos amigos lo siguieran obedientemente al coche-restaurante. El tren había vuelto a adquirir velocidad y las locomotoras luchaban valientemente con las rampas finales del puerto. Una vez que se hubieron instalado frente a sendas y humeantes tazas de infusión, el interventor se despojó de su galonada gorra, se pasó la mano por el pelo y empezó calmosamente:

—Ya sé, don Sergio, que Vd. no me va a creer cuando le diga que ha sido víctima de una pesadilla. Una pesadilla muy peculiar. ¿Pero me creería si le describo la dama en cuestión?

—¿Cómo lo va a hacer si dice que no la vio?

—Razón de más para que me crea.

—A ver si se explica mejor.

El interventor acercó la taza a los labios, se escaldó y la volvió a depositar sobre la mesa mientras el doctor Portillo procedía a cargar su pipa.

—Era una mujer rubia, de unos veintitantos años, tirando a pelirroja, tenía

los ojos verdes y parecía muy asustada. Era muy guapa y distinguida. LLe-
vaba un traje negro pasado de moda y un sombrero anticuado con un velo
que le ocultaba media cara. Y olía muy bien, a violeta o algo por el estilo.
¿Me equivoqué?

Sergio, que había sido muy parco en la descripción de Laura, pegó un res-
pingo.

—¿Cómo sabe tantos detalles?

El interventor hizo una pausa y lo miró fijamente.

—Porque cuatro viajeros, en otros tantos viajes, han tenido una aventura si-
milar a la de Vd. y me la describieron de pies a cabeza. Los cuatro juraron y
perjuraron que se había tirado puente abajo.

—¿Insinúa que Laura era un fantasma? —preguntó Sergio incrédulo.

El interventor se encogió de hombros.

—Yo me limito a explicarle lo que me ha ocurrido a mí y he sido testigo.
Pero hay más —se inclinó delante con aire de misterio— ¿Sabe cómo se lla-
ma ese viaducto?

—No.

—Pues nada menos que el Puente de la Violada. Oficialmente es la obra de
fábrica número 217, pero en la comarca se le conoce por el Puente de la
Violada. Acerca del mismo corre una leyenda terrible. A lo que parece, du-
rante la guerra civil, una cuadrilla de moros asaltó el Sud-Exprés y quiso
violar a una dama de la aristocracia. Un capitán se les enfrentó pistola en
mano pero murió en su defensa y la dama en cuestión se arrojó al río antes
de caer en manos de aquellos salvajes. Leyenda o realidad, esto no lo sé yo.
Repasando las hojas de ruta comprobé que los cuatro incidentes se habían
producido el doce de febrero. O mejor dicho la noche del doce al trece de
febrero.

—Hoy es doce —observó Sergio cayendo en la cuenta.

—Trece —corrigió el interventor— Son más de las tres. Como comprenderán
Vds. muy bien, después del cuarto incidente la cosa empezó a preocuparme
y decidí investigar por mi cuenta esta historia de la dama de negro. Así que
esta noche estaba ojo avizor. Revisé el tren de extremo a extremo buscando
una señora que respondiera a las características antes mencionadas. No dejé
un rincón sin registrar. Registré hasta el furgón de equipajes y desde luego
los coches-cama, donde presumiblemente podría esconderse una dama de
esta categoría. Pero no hallé rastro de la misma. En el coche-restaurante ha-
bía una señora joven y guapa.

—Nosotros también la vimos —dijo el doctor envuelto en nubes de humo de
Virginia— Pero era morena.

—Para no dejar ningún cabo suelto —continuó el interventor— no aparté los
ojos del tren ni de los andenes mientras duró la parada en Miranda, única es-
tación donde para el Sud-Exprés. No vi subir a nadie y menos a una dama
enlutada.

—Subió cuando el tren había arrancado —dijo Sergio— Yo la ayudé a subir
al coche.

El interventor denegó con la cabeza.

—Siento contradecirle, don Sergio, pero no subió nadie. No dejé de vigilar
el tren hasta que adquirió suficiente velocidad como para que resultase im-
posible cogerlo en marcha.

—Quizás la desconocida estaba en el tren oculta bajo un disfraz de mujer de
pueblo —sugirió el doctor, cuyo ceño fruncido denotaba su enorme perple-
jidad.

—Sería posible —dijo el interventor— Pero entonces tendríamos que admitir
la existencia de cinco hermanas gemelas que se habrían suicidado en otros
tantos viajes. Porque en lo que están completamente de acuerdo los afecta-
dos es en la exacta descripción de la dama.

Un silencio incómodo planeó sobre los tres hombres. El doctor se revolvió
inquieto en su butaca. Sergio le interrogó con la mirada. Parecía incluso
divertido.

—Bueno, Máximo ¿qué dices ahora? El caso se las trae. La Ciencia tiene la palabra: ¿Sueño o realidad?

—¿Podría preguntarle si se encontraron los cadáveres de las suicidas? —preguntó el doctor.

—Ni el menor rastro. Y no creo que vayan a encontrar el de esta noche.

El doctor reflexionó unos segundos y después apuntó a Sergio con la boquilla de su pipa.

—Atengámonos a los hechos. Nadie más que tú vio la mujer de negro. Ni siquiera el conductor de tu coche. Nadie escuchó sus gritos. Tú eres el que afirma haberla visto, pero no puedes demostrar a nadie, ni siquiera a tí mismo, con pruebas tangibles la existencia real de esta mujer. Por lo tanto, sólo cabe deducir que lo has soñado todo. Laura es un producto de tu fantasía.

—De acuerdo —admitió Sergio— He soñado con ella. He sufrido una pesadilla. Laura ha sido una alucinación telepática provocada por mi hiperestesia imaginativa y cuatro copas de más. Pero ¿qué me dices de mis cuatro antecesores en la aventura?

—Que ellos también soñarían.

—¿Con la misma mujer?

—Casualidad.

—¿No te parece demasiada casualidad? —inquirió burlonamente Sergio— Cinco hombres que no se conocen de nada teniendo idéntico sueño con la misma mujer. ¿Tú crees que todos sufrirían hiperestesia imaginativa y habrían empinado el codo más de la cuenta?

—Lo explicaría la sugestión del Puente de la Violada.

—Yo no tenía ni la más remota idea de la existencia de este puente. Quizá a mis antecesores les ocurría lo mismo.

—Es posible que la leyenda tenga un fondo de verdad.

—Como todas las leyendas. Con toda seguridad algo debió de ocurrir en este puente cuando la guerra civil. Es muy posible que una mujer saltara del tren para escapar a la persecución de los moros y desde entonces su fantasma vaga bajo los arcos del puente.

—Es una hipótesis descabellada.

—Pues ¿qué otra explicación se te ocurre? ¿No acabas de establecer de manera categórica que Laura no existió más que en mi imaginación? ¿Por qué no admitimos de una vez que nos hallamos ante un hecho inexplicable? ¿Por qué no admitimos humildemente que el Puente de la Violada está embrujado (así, tal como suena) y que en la noche del doce de febrero su maleficio actúa sobre determinado viajero del Sud-Exprés provocándole alucinaciones?

—Sergio, estás desbarrando.

—Pues dame una explicación. Es muy cómodo decir: “Sergio, estás desbarrando” porque a tí, hombre de ciencia, encerrado en tu torre de marfil, no se te ocurre ninguna. Por lo que a mí respecta, la hipótesis de la maldición me satisface plenamente. Soy escritor y me fascinan los enigmas.

—Atente a los hechos.

—Acepto de buen grado que lo he soñado todo. Las pruebas son concluyentes: nadie más que yo vio a Laura, nadie se despertó al oír sus gritos, nadie la vio arrojar al río y posiblemente nadie verá su cadáver. El señor González, aquí presente registró el tren concienzudamente y no encontró a ninguna mujer que se le pareciera. Ni tampoco la vio subir en Miranda. Laura, por su parte, tampoco dejó ninguna huella de su paso: ni una media, ni una mancha de carmín en las sábanas, ni un zapato como la Cenicienta. Nada. Resumiendo: que he corrido una aventura con una fantasma.

El Sud-Exprés había coronado el puerto del Perdón y se precipitaba cuesta abajo arrancando agudos lamentos a los carriles en las curvas. El coche-restaurante crujía y se bamboleaba. Era evidente que los maquinistas parecían absolutamente decididos a recuperar el retraso.

—Date cuenta de lo que dices.

—Es la pura verdad. Es el sueño más real y satisfactorio que he tenido en mi vida con la mujer de mis sueños y valga la redundancia. A partir de ahora ya no me torturará el deseo regolfado en mi subconsciente. Por fin he alejado la amenaza de la neurosis. Ahora sabré cómo debo de terminar mi novela. Lo que me preocupa es la interpretación que debo de dar a mi sueño. ¿Como el anuncio de mi próxima muerte?

—¡Cállese por Dios! —suplicó el interventor asustado.

—¡Bah, no me impresiono por tan poca cosa! ¿Tuvo noticias de mis antecesores?

—Nunca más supe de ellos.

Sergio apartó de sí la taza de gruesa loza.

—Con mucho gusto me tomaría un whisky doble en lugar de esta porquería.

—Sólo te faltaría un whisky en tu estado.

—El bar está cerrado, don Sergio —recordó el interventor.

—Lo sé —suspiró el novelista dejando vagar la mirada por la decoración de principios de siglo del coche restaurante— Sea lo que fuere ha sido una experiencia muy interesante.

—Mañana, a la luz del sol, intentaré encontrar una explicación lógica al incidente —dijo el doctor.

—Por mí no lo hagas —dijo Sergio levantándose— Odio la lógica. No me importa dejar las cosas como están. Los misterios me fascinan. No comparto los afanes de mi época de desmitificarlo todo y desvelar tabúes. Me alegra mucho saber que leyendas como la del Puente de la Violada conservan toda su vigencia. Y me alegra sobre todo haber conocido a esta señora. Buenas noches caballeros. Que descansen.

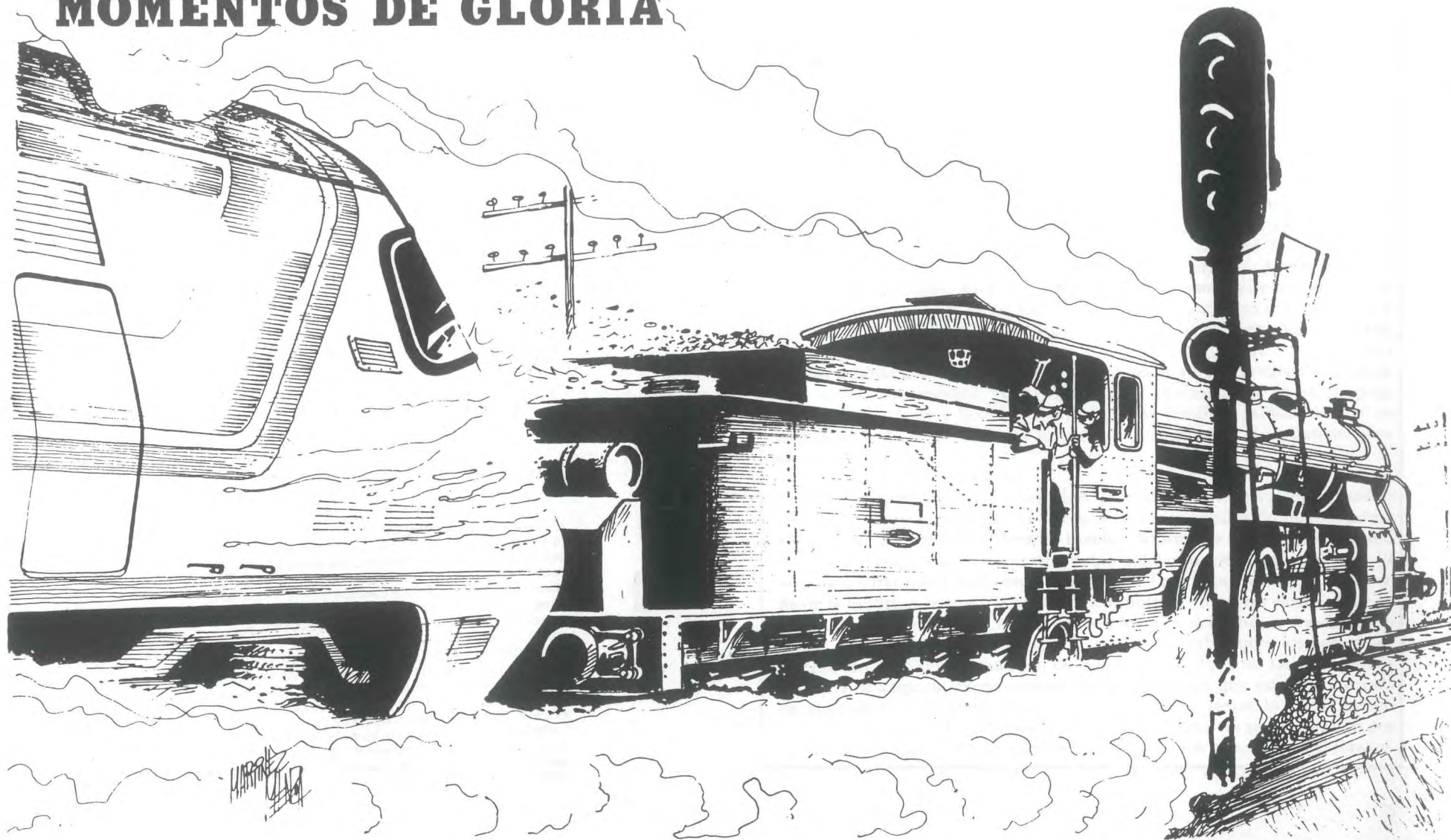
Se fue sin esperar. Quería estar solo y reflexionar sobre los extraños acontecimientos que le habían ocurrido. Entró en su departamento y cerró la

puerta a sus espaldas. Por un momento le pareció que en sus oídos todavía resonaba el chillido de terror de Laura. Apenas habían transcurrido dos horas de su fantástico encuentro y ya su recuerdo le atenazaba el corazón como si hubiera ocurrido en un remoto pasado o en otra vida. Con Máximo había querido bromear, fingir una indiferencia burlona. Se había mostrado displicente como un hombre de mundo, pero la verdad es que todavía estaba bajo los efectos de una grandísima emoción. Había conocido a su heroína en carne y hueso, la había amado y la había perdido para siempre. Y todo en el intervalo de una noche. Se desnudó lentamente y se puso el pijama. Antes de acostarse echó un vistazo al páramo desolado que estaban atravesando entonces. Pronto amanecería. Una franja grisácea se insinuaba por Oriente anunciando la aurora. Se metió en la cama y al abrazar la almohada como tenía por costumbre su mano derecha tropezó con una prenda cuyo contacto le sacudió como una descarga eléctrica. No tuvo necesidad de encender la lamparilla de la cabecera para reconocer un guante negro que todavía guardaba un tenue perfume a violetas y el suave calor de la mano de su propietaria.



V Premio de Narraciones Breves "Antonio Machado (1981)
Accésit

MANUEL MARISTANY
MOMENTOS DE GLORIA



Manuel Maristany

Finalista por tercera vez en el "Antonio Machado", Manuel Maristany Sabater es, como escritor y como artista de la fotografía, un entusiasta del ferrocarril, que inspira buena parte de su obra. Nacido en Barcelona en 1930, ha viajado por todo el mundo con espíritu curioso y aventurero, escalando montañas, recorriendo largos y lejanos caminos a lomos de su motocicleta. "Adiós, viejas locomotoras", "Carrilets de España" y "Carrilets de Portugal" son libros que recogen, en imágenes espléndidas de su cámara, testimonios del ocaso de la tracción a vapor. En 1967 ganó el Premio Doncel con el relato "Rikki-Tikki". M.M. es colaborador asiduo de revistas como "Vía Libre" (RENFE) y "Voies Ferrées", que se edita en Grenoble (Francia), de la que es corresponsal desde hace pocos meses.

En la noche del 10 de marzo de todos los años, más de un somnoliento viajero del Exprés del Norte creará soñar al oír las insólitas y roncadas toses de una locomotora de vapor maniobrando en la oscuridad. No sueña. Son absolutamente reales. Forman parte del ritual del cambio de máquinas en la estación internacional de la Isla de las Perdices a caballo entre Arlanza y Occitania. La locomotora occitana cede su puesto en cabeza del prestigioso expreso a una rutilante Pacific de los ferrocarriles arlazonos. Continúa siendo posible que el viajero, intrigado, se pregunte por la razón o causa de este hecho sorprendente, pues ni deja de ser chocante que en plena época de trenes inter-city y turbitrenes avanzados se confíe la conducción de un exprés TEE a una locomotora de vapor. Y sin embargo el fenómeno tiene su explicación...

La cosa ocurrió cuando se inauguró la nueva línea férrea entre ambos países. El antiguo trazado por tierras arlazonas había sido remodelado a conciencia. Se habían perforado túneles, suprimido rampas y eliminado curvas. La vía soldada descansaba sobre sólidas traviesas monobloque. El viaje inaugural había sido confiado al TSV o Tren Super Veloz, una maravilla de la industria ferroviaria nacional. Los potentes motores eléctricos de su locomotora transmitían el movimiento a los ejes del árbol a través de un cárter de engranajes mientras que la caja se apoyaba sobre los bogies por intermedio de bloques sandwich de caucho-acero. Para no fatigar al lector con una descripción excesivamente técnica, diremos que estaba atiborrada de shuntados, tiristores, schoppers y relés como jamás lo había estado locomotora alguna. Pero lo más notable de la misma era su conducción por medio de impulsos electromagnéticos enviados a los ojos de MACO (Maqui-

nista-Computadora) desde el CTC a través de los postes de la catenaria. El factor humano había sido eliminado. MACO, hijo putativo del ingeniero-proyectista del TSV y Mari Loli y sus muñecos, lo suplía con ventaja. De hecho habría bastado instalar la computadora frente al inclinado parabrisas de la locomotora pero importantes consideraciones psicológicas movieron a los directivos de CONAFE (Compañía Nacional de Ferrocarriles) a revestirla de una envoltura humanoide. Mari Loli le había injertado un bigotito de hortera trasnochado y dotado de una mandíbula articulada que accionaba convincentemente al hablar, pues MACO, aparte de resolver los problemas técnicos de la conducción a triple o cuádruple velocidad que sus colegas humanos, había sido cuidadosamente programado para sostener una conversación razonable sobre fútbol, quinielas, señoras estupendas y una crítica (constructiva) sobre los directivos de CONAFE.

Prosiguiendo la descripción del TSV diremos que sus coches eran basculantes, insonorizados y climatizados, montaban bogies sudafricanos scheffel y su deslizamiento era tan increíblemente suave que bastaba una ligera brisa para ponerlos en movimiento. Todos estaban equipados con indicadores de velocidad. Con el TSV y la nueva línea férrea la dirección de CONAFE esperaba acortar en cuatro horas la duración del viaje entre las capitales de ambos países y acabar de una vez por todas con las risitas burlonas de los occitanos cuando hablaban de los trenes arlanzones y sus legendarios retrasos. Se había acordado que el TSV efectuaría una única parada de dos horas en el importante enclave ferroviario de Quintana de Fresno donde el rey descubriría una lápida conmemorativa de la efemérides y el poeta local tartamudearía unos versos alusivos al acto. A la una en punto llegaría a la Isla de las Perdices donde el presidente de Occitania, Baldufet de la Quincallerie (llegado minutos antes a bordo del TAP o Turbotren Avanzado de Pasajeros) le daría la bienvenida bajo un arco triunfal levantado sobre las vías.

Todo marchó sobre ruedas hasta el día D. A la hora H el TSV se puso en marcha entre las aclamaciones del público y el tronar de las bandas de música. En el coche de cabeza iban los reyes, el presidente de CONAFE, el ministro de transportes, el ingeniero proyectista, Mari Loli y otros invitados de grandísima categoría. En el solitario esplendor de su cabina fusiforme MACO aceleró la marcha y muy pronto la cola del TSV se perdió en la distancia como un meteorito azul y plata.

Pero el hombre propone y Dios dispone. El TSV se deslizaba vertiginosamente sin la menor sacudida. El presidente había hecho la prueba suprema de colocar de canto un gordo (unidad monetaria arlanzona). MACO absorbía impertérrito los impulsos electromagnéticos que se le enviaban desde el CTC. Los invitados sorbían copas de morapia. La reina y Mari Loli comentaban los tonos oscuros del próximo otoño. El rey intentaba en vano contemplar el paisaje desde la ventanilla porque el ministro de transportes se había posicionado cerca de él y le estaba exponiendo un plan coherente de opciones válidas para salir del desfase coyuntural. De repente el fluido eléctrico dejó de circular por la catenaria. El TSV se detuvo suavemente en la inmensidad del páramo arlanzón. MACO frunció el ceño con un gesto muy humano y aún le quedaron fuerzas para mascullar entre dientes antes de enmudecer definitivamente:

— ¡La madre que los parió!

Se produjo un instante de sorpresa y consternación generales. El ingeniero y Mari Loli salieron disparados de sus asientos en dirección a la cabina de la locomotora.

— ¡MACO! ¡Hijo mío! —gritó con voz desgarrada la famosa ventrilocuca.

El presidente se precipitó al teléfono de comunicación interior. — ¿Qué ocurre? — preguntó irritado al jefe de tren — ¿Quién le ha mandado pararse? ¿Cómo? ¿Avería general? — escuchó atentamente. Los demás pudieron observar cómo su cara iba cambiando de color — ¡Sí! ¡Con la máxima urgencia! ¡Sí, sí! — insistió golpeando la mesilla — ¡De la clase que sea! — y colgó desalentado.

— ¿Es muy grave? — inquirió ansiosamente el ministro de transportes pensando en destituciones fulminantes y reestructuraciones sectoriales.

— Ha sobrevenido un apagón monstruo que ha dejado a medio país sin electricidad y que la avería va para largo. Dice que ha pedido una locomotora a Quintana de Fresno para que venga a remolcarnos. Quizás — añadió con una sonrisa apaciguadora — para cuando lleguemos a Quintana se haya reparado la avería.

— ¿Y si no? — preguntó el rey.

—Pues en este caso habríamos de seguir hasta la frontera con esta locomotora de emergencia.

El ministro de transporte torció el gesto.

—No me gusta nada.

—¿Y se cree que a mí me gusta?— estalló el presidente.

—No pierdan la calma, caballeros —puso paz el rey— Apuesto a que encontraremos alguna solución.

A quince kilómetros de distancia, la plana mayor de la estación de Quintana de Fresno se había reunido en el CTC.

—Ya lo han oído Vds. —dijo el jefe de estación— Piden una locomotora, de la clase que sea —subrayó— para remolcar el TSV.

—Pues como no les enviémos el tractor de Martínez —dijo el jefe de tracción con sombrío acento.

—¿No nos queda ninguna “tres mil”?

—Las dos últimas se desgazaron hará cosa de un par de años ¿No se acuerda?

El jefe de estación se acordaba muy bien. Se hizo un angustioso silencio y se miraron impotentes unos a otros. Cuatro años antes, después que se hubo completado la electrificación de la línea, las locomotoras diesel de la serie “tres mil” habían sido desgazadas. Sólo quedaban algunos decrepitos tractores de maniobras pues, como es natural, las locomotoras de vapor no eran más que un recuerdo nebuloso. Una tras otra habían caído víctimas del soplete, desgazadas, troceadas y vendidos sus despojos como innoble chatarra.

—¿Pero alguna quedará, no? Es imposible que no quede ninguna.

—El tractor de Martínez, como le digo. También es una locomotora de alguna clase.

—¡Maldita sea! ¿Cómo quiere que vayamos a buscar al TSV con un tractor de maniobras?

—Pues ya me explicará Vd. como lo traemos hasta aquí.

—Tiene que haber alguna otra solución. Pensemos...

Pensaron frenéticamente durante un minuto.

—¡Ya está! —exclamó el jefe de tracción dándose una palmada en la frente. ¡Nos queda la máquina del Rogelio!

—¡Una máquina de vapor! ¿Está Vd. loco? Y además ¿se ha parado a pensar lo que nos va a ocurrir cuando el presidente la vea? Lo menos que nos hacen es abrimos un expediente disciplinario... sino es que nos denuncian por robo y falsificación de documento público.

—Nos van a empapelar igual si no les envíamos una locomotora... de la clase que sea, con que ya me dirá Vd. ...

—Sí, pero ... ¡la galleta!

Fué la más rápida de todas las Pacifics que tuvimos en el depósito. El Rogelio no tuvo con ella el más mínimo retraso cuando hacía el Exprés del Norte. Casualmente esta noche pasada la ha encendido. Si esto no es casualidad que baje Dios y me lo diga.

—¿Cree Vd. que el Rogelio nos la dejará? —preguntó el jefe de estación claudicando.

—El hombre pedirá como condición que se la dejen conducir a él, lo cual es muy lógico. La quiere más que a las niñas de sus ojos.

—De acuerdo —dijo el jefe de estación levantándose— Y Vd. Romero ocúpese de que Martínez salga inmediatamente con su tractor a buscar al TSV. Mientras yo iré a parlamentar con el Rogelio. Espero que cuando llegue esta maravilla de tren tengamos la Galleta a punto.

Cuando quince años antes sonó la hora final de la tracción vapor, la mayoría de maquinistas y fogoneros abandonaron de buena gana sus negras locomotoras. Otros lo hicieron con cierta pena pues no hay oficio, por duro que sea, con el que uno no acaba compenetrándose en mayor o menor medida. Sólo un maquinista, Rogelio Cifuentes, se negó en redondo a entregar su máquina, la Galleta (el nombre le venía de su numeración 231-222) una Pacific compound, la mejor locomotora que jamás condujo el Exprés del Norte. El Rogelio tenía el vapor infiltrado en la sangre. Amaba profundamente su máquina y su profesión. Con diversas excusas fue retrasando su entrega hasta que un día desapareció con ella en las profundidades del depósito de máquinas. Su caso fué como el de estos exploradores que un día se internan en la espesura y no se vuelve a saber más de ellos. El viejo depósito de máquinas de Quintana de Fresno tenía mucho de selva amazónica. Con la dieselización y electrificación crecientes se había ido abandonando hasta convertirse en una jungla de vías oxidadas, montañas de escoria y cadáveres de locomotoras. Todos los intentos que se hicieron para recuperar al Rogelio y su máquina fracasaron. Una maldición sin nombre parecía pesar sobre el desolado ámbito del depósito. Los tractores que descarrilaban misteriosamente, chocaban con imprevistos obstáculos de chatarra o resultaban alcanzados por repentinos desprendimientos de briquetas. El jefe de estación dió por finalizada la operación de búsqueda y captura cuando un tractor se perdió en el triángulo (1) y otro se cayó en la placa giratoria. Con la colaboración de un contable tan desesperado como él hizo desaparecer la Galleta de la relación de locomotoras entregadas a desguace.

El Rogelio no tenía prisa. Esperó a que se calmara la agitación mientras procedía a acondicionar un refugio para la Galleta. La encerró en un cobertizo en relativo buen estado, cerca de la aguada y una colina de excelentes briquetas de Cardif. Por otra parte, el estado general de la Galleta no podía ser más satisfactorio puesto que acababa de salir de una revisión general. La pintó y engrasó concienzudamente, sacó brillo a sus metales y la encendió periódicamente para evitar que el óxido atacara los tubos de la caldera. Naturalmente, la primera vez que el personal de la estación vió salir una columna de humo negro por encima de la chamuscada arboleda

(1), triángulo, dispositivo de vías dispuestas en triángulo en donde los trenes, maniobrando adelante y atrás, pueden dar la vuelta.

del depósito, se extrañó bastante. Pero acabó acostumbrándose. El jefe de estación no se atrevió a reanudar los intentos de recuperación para no desatar nuevamente el maleficio del depósito. Todo el mundo hizo la vista gorda. Sacar el tractor de la placa giratoria había costado Dios y ayuda y nadie quería repetir la experiencia. Transcurrido un tiempo prudencial, el Rogelio retornó a la civilización. La vida siguió su curso y la gente se olvidó de aquella anomalía ferroviaria.

Un guardagujas retirado condujo al jefe de estación al escondrijo del Rogelio. Se quedó literalmente pasmado ante el deslumbrante aspecto de la Galleta. Al fin y al cabo él también era un ferroviario de la vieja escuela. Con pocas palabras expuso al maquinista el problema y solicitó su ayuda y su máquina. El Rogelio exigió tres condiciones. Primera y elemental, que debía de conducirla él. Segunda, que se le retirara la acusación de robo (él nunca había robado la Galleta: se había limitado a guardarla en el lugar más idóneo) Y tercera y última, que una vez al año le dejaran "hacer" con ella el Exprés del Norte. El jefe de estación las aceptó sin dudar un instante.

—Las tres concedidas. Y ahora vamos rápidamente a la estación. No tenemos ni un segundo que perder. ¿Cómo está de presión la Galleta?

—A tope. ¿No la oye silbar? Parece que se haya olido el servicio. Lo único que me falta es un fogonero.

—Buscaremos uno sobre la marcha. Vamos para allá.

La llegada del TSV a la estación, por un extremo de la misma, y la de la Galleta por el otro, fueron casi coincidentes pero los ojos del público que abarrotaba los andenes se fueron tras la elegante Pacific que se acercaba pausadamente, resplandeciente como un paladín de Carlomagno: el acero de sus bielas centelleando al sol y al Rogelio asomado a la ventanilla haciendo vanos esfuerzos para no parecer demasiado importante. Aquél fue su primer momento de gloria de la jornada. A muchos veteranos ferroviarios se les humedecieron los ojos. Los niños estaban entusiasmados. El rey, no menos entusiasmado, se apeó rápidamente del TSV, cruzó el andén de dos zancadas y trepó ágilmente a la marquesina de la Galleta.

—Buenos días, señor maquinista —saludó tendiendo una mano al asombrado Rogelio— ¿Me permitiréis que os sirva de fogonero? Cuando hice mis prác-

ticas en ferrocarriles, aprendí a conducir una locomotora muy parecida a ésta y me entró el gusanillo del vapor. ¿Me permitís?

Pe... pe... pero don Alonso –tartamudeó el Rogelio – Yo no ...

–¿Dónde está la pala? –le interrumpió el rey buscándola por los rincones del tender–. Ya me diréis por donde empiezo. Ya sabéis que donde hay capitán no manda marinero.

La decisión real causó gran consternación entre el personal del séquito y los directivos de CONAFE.

No podéis viajar en la locomotora, majestad –alegó el presidente desde el andén– Y mucho menos hacer de fogonero. Es anticonstitucional. La normativa aprobada por el consenso pluralista...

–¡Al diablo la normativa y el consenso! –le contestó rápido el rey anudándose el pañuelo al cuello como lo llevaba el Rogelio –La Constitución no dice nada al respecto.

–¡Os vais a poner perdido el uniforme de gala! –baló costernado el jefe de protocolo –¿Qué va a pensar el presidente Baldufet y sus invitados? ¿Y los occitanos?

–Qué piensen lo que quierán. Proporcióname un mono de faena y no me des más la lata. ¡Rápido!

–¿Un mono de faena? –gimió el jefe de protocolo al borde del desmayo.

Mientras tanto los enganchadores habían cortado (2) la locomotora del TSV. El tractor de Martínez se la llevó a rastras. Al pasar junto a la Galleta, la visión de MACO con la mirada vidriosa y la mandíbula desencajada del disgusto, impresionó profundamente al Rogelio que estuvo a punto de santiguarse como el hombre al que se le aparece Satanás en persona.

–¡Lo que me faltaba por ver! –exclamó procediendo a maniobrar adelante y atrás para enganchar el TSV.

(2) Cortar en lenguaje ferroviario significa desenganchar.

Entretanto, el rey, enfundado en un grasiento mono de faena que le había prestado un fresador de talleres (incluso le asomaba un puñado de borra del bolsillo trasero) procedía a descubrir rápidamente la placa conmemorativa en la plaza de la estación ante la corporación municipal y la población de Quintana de Fresno en peso. Fue muy rápido. Tanto que apenas dió tiempo al poeta local a farfullar sus versos. Los quintaneros, sin haberse repuesto de la sorpresa que les causaba ver a su rey en mono de faena, le aplaudieron deportivamente. La tradición ferroviaria de su ciudad se hallaba en juego. Cuando terminó lo acompañaron al tren.

En cabeza del TSV la Galleta resoplaba impaciente como un caballo de raza tascando el freno. No desentonaba en absoluto de sus modernos coches. A más de un entendido en ferrocarriles quizás le recordara las famosas Pacifics del London and North Eastern Railways de los antiguos ferrocarriles ingleses. Los fotógrafos y los operadores de TV se despacharon a gusto enfocándola desde todos los ángulos pidiendo al Rogelio y al rey que sacaran la cabeza por la ventanilla cosa que ambos hicieron con la mejor voluntad adoptando poses interesantes.

El jefe de estación se aseguró de que todos los invitados habían subido al TSV, levantó la bandera enrollada y tocó el pito. El Rogelio hizo bramar a la Galleta de una forma tal que puso de punta los pelos de los espectadores. Fue su segundo momento de gloria. Después empujó la palanca del regulador y la Galleta se puso en marcha aparatosamente lanzando nubes de vapor a los entusiasmados espectadores. Los coches super-deslizantes del TSV la siguieron silenciosamente. Cuando el último cruzaba bajo el puente de señales, marchaban ya a 60 kilómetros por hora.

–Van a ver lo que es bueno –masculló el veterano maquinista sin dejar de presionar la palanca del regulador.

La velocidad del tren fue aumentando progresivamente. En el coche de cabeza se respiraba un ambiente de contenida ansiedad. Todos (menos el jefe de protocolo que sorbía tila en un rincón) estaban pendientes del indicador de velocidad.

–... 115... 120... 125... –iba cantando el presidente –Quizás lo consigamos ... ¡130!

El ministro de transportes movió la cabeza escéptico.

—De acuerdo con un cálculo elemental deberíamos de correr a 200 por hora y esto jamás lo conseguirá esta locomotora de vapor.

—Pues corre que se las pela —comentó admirado el ingeniero-proyectista mirando por la ventanilla los postes del telégrafo que huían hacia atrás con la velocidad del rayo— ¡Fijense ahora, a 140! No creo que en su vida haya corrido tanto.

El Rogelio se lo habría podido confirmar. En aquel momento se lo estaba diciendo al rey.

—Supongo que será por la vía. Antes no estaba así.

—¿Créis que los podremos mantener durante mucho rato? —preguntó el rey que aprovechó una pausa de palear carbón para pasarse el antebrazo por la frente para secarse el sudor.

—No tenemos otra alternativa si queremos llegar puntuales a la cita. Los occitanos nunca podrán decir que mi Galleta es una tardona. Hay que hacer un esfuerzo. Echad más carbón y no permitáis que la presión baje ni un cuarto de atmósfera.

El rey volvió a darle a la pala y el Rogelio empujó sabiamente la palanca del regulador. La Galleta dió un tirón hacia delante. El rápido siseo de sus cuatro cilindros compound se confundió en uno solo. Tiraba sin esfuerzo de los coches del TSV. La aguja del velocímetro se acercaba a los 200 kilómetros y así rodaron durante un rato sin llegarlos a alcanzar.

El ingeniero-proyectista profetizaba la inmediata desintegración de la Galleta.

—¡El maquinista se ha vuelto loco! ¡Esta locomotora no ha sido calculada para semejantes velocidades! ¡Va a estallar!

El Rogelio estaba muy lejos de compartir los temores del ingeniero. Conducía asomando la cabeza fuera de la ventanilla con las gafas caladas, la gorra

al revés y la mano en la palanca del regulador. El rey estaba pendiente del nivel del agua y la presión de los manómetros. El TSV se deslizaba vertiginosamente por la campiña arlanzona. Los labradores detenían sus tractores y se quedaban contemplando asombrados el largo penacho de plata que se aplastaba y deshacía contra el techo de los coches. En un segundo el TSV se había perdido de vista.

—¿Qué significa esta señal roja? —preguntó el rey señalando una franja de este color al final del recorrido de la palanca del regulador.

—No lo sé a ciencia cierta —respondió el maquinista sin apartar los ojos de la vía —Supongo que será una señal de peligro. Pero no lo sé. El manual de instrucciones de la locomotora no hablaba para nada de esta señal.

El rey intentó leer unas borrosas inscripciones en alemán o algo parecido. No lo consiguió. La Galleta había sido construida, muchos años atrás, por la Schweizerischelokomotivundmaschinenfabrik (S.L.M. abreviadamente) y suministrada a una antigua compañía ferroviaria arlanzona con el correspondiente manual de instrucciones, desgraciadamente, redactado en un anacrónico suizo-alemán que estuvo a punto de enloquecer a su traductor arlanzón, que acabó saltándose a la tórrida los párrafos que le parecieron menos importantes. Uno de estos era precisamente el que hacía referencia a la franja roja del regulador.

—Pues creo que ha llegado el momento de descifrar empíricamente el enigma —dijo el rey.

—¿Empi qué, don Alonso?

—De echarle bemoles al asunto y empujar a tope. Quizás se trate de un truco para correr más.

—O de irnos a hacer puñetas nosotros y la máquina, con perdón.

—El honor de Arlanza está en juego.

—Y el mío y el de la Galleta, por supuesto. ¡Vámos pá allá! —dijo el Rogelio con súbita decisión empujando el regulador sobre la señal roja — Sólo se muere una vez.

Los viajeros del TSV sintieron que sus espaldas se hundían en los respaldos de sus butacas anatómicas. Las miradas de todos convergieron hacia el indicador de velocidad. La aguja avanzaba imparable hacia los 200.

¡Vámos a batir el record de la Mallard! —farfulló incrédulo el ingeniero-proyectista levantándose.

—¿La Mallard? —inquirió la reina que había estado muy ocupada consolando a Mari Loli.

—La locomotora inglesa que en 1938 estableció el record mundial de velocidad con tracción vapor —explicó el presidente.

¿A cuánto?

A 201 kilómetros por hora.

El rey y el Rogelio también observaban ansiosamente la aguja del taloc Hasler que estaba graduado a 200 kilómetros/hora.

—Vamos a recostarla —dijo el maquinista—Siempre he tenido ganas de hacerlo. Creo que ha llegado el momento. Ahora o nunca. ¡Más presión!

En rápida sucesión el rey arrojó varias paladas de carbón a la parrilla de la caja de fuego que estaba al rojo blanco. La Galleta aceleró la marcha en un supremo y magnífico esfuerzo, la aguja del taloc se puso horizontal durante unos segundos y finalmente el prestigioso velocímetro se desintegró con un gruñido de agonía. La que no se desintegró fue la Galleta que zumbaba y se estremecía como un alto horno trabajando a pleno rendimiento.

—Por ahora no volamos por los aires —dijo el rey.

Todavía no —confirmó el Rogelio aguzando el oído— ¿No oís un ruido raro?

—¿Un ruido raro? Creo que los oigo todos.

—Es como ... —la cara del maquinista enrojecida por el viento de la marcha

revelaba enorme sorpresa — ¡Es como si marcháramos con cinco cilindros! ¡Eso es! ¡Marchamos con cinco cilindros!

—Este sería el misterio de la señal roja.

—Imposible. He desmontado mil veces esta máquina.

—Quizás se trate de un fenómeno de supervaporización inducida —aventuró el rey por decir algo.

—Quizás sea así, pero no me lo explico.

—Yo tampoco, pero lo importante es que corremos que nos matamos.

La Galleta volaba literalmente. Devoraba el terreno a pasmosa velocidad. Desde fuera habría sido imposible distinguir el rapidísimo juego de sus bielas...

Las manecillas del reloj de la estación de la Isla de las Perdices señalaban las 12.45. El público que atestaba los andenes guardaba un silencio expectante y miraba hacia el largo viaducto sobre el río Fresno.

El presidente Baldufet de la Quincallerie se dirigió al director de la REOCA (Red Occitana Autónoma).

—¿Cree Vd. que llegarán a la hora?

—Cualquiera sabe... tratándose de arlanzones...

A las 12.50 ningún vestigio del TSV había aparecido en el horizonte. Sonrisitas burlonas habían empezado a florecer en los rostros occitanos.

—No tienen remedio.

—No se puede contar con ellos.

A las 12.55 seguía sin aparecer el más mínimo rastro del TSV: El presidente Baldufet se atusó el bigote con una mano enguantada.

— ¡Ah, estos arlanzones, siempre tan típicos!

Un largo y creciente bramido ahogó el comentario que iba a hacer el director de la REOCA. Todos los ojos se alzaron al cielo en busca del reactor causante del ruido. Pero el firmamento, de un azul purísimo, estaba vacío de ingenios volantes.

— ¡Dios mío! —dijo alguien del público — ¡Mirad allá!

Miraron hacia el viaducto con los ojos fuera de las órbitas: el TSV había doblado la última curva y, coronado por un majestuoso penacho de humo, se disponía a enfilar la recta final sin disminuir un ápice su fantástica velocidad. Una ola de pánico recorrió el público.

— ¡No podrán frenar!

—Será mejor que nos apartemos un poco —sugirió el director de la REOCA.

—Es una medida muy acertada —convino el presidente retrocediendo.

A trescientos metros escasos del arco triunfal, el Rogelio previno al rey:

—Agarráos a donde podáis, don Alonso, ahora es cuando nos podemos poner el TSV por sombrero. Voy a frenar a contravapor...

Invirtió brutalmente la entrada de vapor en los cilindros y frenó a fondo. El TSV se arrastró sobre las vías con un chirrido espeluznante envuelto en nubes de humo y chispas que lo ocultaron a los ojos de los occitanos...

Cuando se disipó la humareda, la Galleta apareció ante ellos, justo debajo del arco triunfal, todavía resollante pero orgullosa y segura de sí misma. En la ventanilla estaba el Rogelio con el reloj en la mano.

—Las 13 en punto —dijo al rey intentando dar a sus palabras un tono de naturalidad— la misma hora que marca el reloj de la estación.

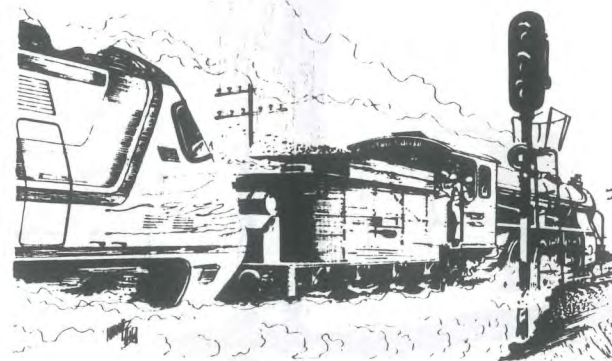
El rey tragó saliva y se limitó a estrecharle la mano en silencio.

De una forma completamente espontánea, los occitanos les tributaron

una cerrada ovación. Aquél fué el tercer instante de gloria del Rogelio. La reina, el presidente, el ministro, Mari Loli, el ingeniero y los demás invitados del TSV se apearon un poco tambaleantes y corrieron a sumarse al homenaje occitano al maquinista y al rey. Los temores del jefe de protocolo resultaron totalmente infundados: Don Alonso, enfundado en un mono grasiento y totalmente cubierto de hollín, grasa y sudor, fué el centro de atención del público y el blanco de todos los fotógrafos.

Así, de esta bizarra guisa, el Rogelio y la Galleta conquistaron el honor de conducir una vez al año el Exprés del Norte. Ni que decir tiene que el tren va a tope, ocupado por aficionados de todo el mundo que han solicitado el billete con muchos meses de antelación. Algunas veces el rey vuelve a empuñar la pala. Gracias a su iniciativa se colocó una placa de bronce en la estación de la Isla de las Perdices glosando la portentosa hazaña del Rogelio y la Galleta.

El TSV no entró en funcionamiento hasta que MACO se restableció de un agudo complejo de frustración. Sus delicados circuitos electrónicos habían sido seriamente dañados por la traumática experiencia. Tuvo que someterse a los cuidados de un experto psicoanalista que le devolvió la confianza en sí mismo. Una vez recuperado, fué de nuevo instalado en la cabina de conducción del TSV y en honor de la verdad hay que decir que cumplió como bueno y colmó las esperanzas que se habían depositado en él, lo cual, también es innecesario decirlo, llenó de satisfacción a sus padres putativos.



Manolo Maristany

El ferrocarril ejerce una profunda atracción sobre este catalán nacido en 1930, que se inspira para buena parte su obra, tanto fotográfica como literaria, en el tren. Viajero y observador incansable, sus libros como "Adios, viejas locomotoras", "Carrilets de España" y "Carrilets de Portugal" son una muestra de su

conocimiento del mundo ferroviario, de la agudeza de su pluma y de la oportunidad de su cámara. Colaborador asiduo de revistas ferroviarias, Manolo Maristany Sabater ha sido cuatro veces finalista en el Premio "Antonio Machado", y está en posesión del "Doncel" con el relato "Rikki-Tikki".

Un telegrama de Suecia

Hasta qué punto tiene el hombre derecho a sucumbir a la tentación no es asunto fácil de dilucidar, pero nosotros creemos que existe un límite, más allá del cual, todo ser humano se hace acreedor a cierto grado de indulgencia por parte de sus contemporáneos si, en un momento de debilidad, ha sucumbido heroicamente frente a un enemigo desproporcionadamente superior.

En estos tiempos de moral permisiva y divorcista, la mayoría de mis lectores tendrán su opinión formada sobre el tan controvertido tema de la fidelidad conyugal. Cierta número de individuos "pasarán" de ella. Otros opinarán que sí, que hay que ser fieles al cónyuge respectivo pero que no hay que llevar las cosas a extremos calderonianos. Y finalmente otro sector la defenderá a capa y espada y la considerará como uno de los pilares de nues-

tra civilización occidental sin aceptar la más mínima circunstancia atenuante. A este sector de integristas a ultranza les voy a contar lo que le ocurrió a mi amigo Pepe al que el Destino, en forma de telegrama indescifrable, puso en una difícil tesitura. Después pediría a estos mismos y celosos defensores de la moral que me respondieran, con la mano en el corazón, lo que habrían hecho ellos.

Pepe es un compañero de colegio, arquitecto en activo y está casado, felizmente casado, con una sueca. Forma parte de la ya innúmera legión de hispanos que han sucumbido a los encantos de las hijas de la Última Thule. Gerda, su mujer, es guapa, inteligente, encantadora y esposa y madre ejemplar. Tienen dos niños igualmente guapos y encantadores. Pepe, además de ser un buen profesional y un padre de familia responsable como el que más, siente pasión por la náutica y es un expertísimo navegante. En cuestión de faldas dice que le basta y le sobran las de su mujer y que si en la calle se vuelve para admirar las piernas de una chica determinada, de ahí no pasa y se limita a achucharla con la imaginación como nos ocurre al noventa por ciento de los hombres. En sus diez años de matrimonio ninguna nube ha venido a enturbiar la felicidad de esta pareja, salvo, como es lógico, las fricciones normales en todos los matrimonios, originadas, en su mayor parte, por la pasión náutica de mi amigo y la querencia de Gerda a efectuar viajes anuales a Suecia para visitar a sus padres. Gerda se marea con un viento de fuerza dos y Pepe siente horror a viajar a Suecia desde que el entusiasmo juvenil por esta tierra se evaporó al casarse con una hija de la misma. Escandinavia, a pesar de ser una península sumamente bella y pintoresca, destila tristeza y melancolía. Por lo menos para un español al que aquel exceso de orden y limpieza puede causarle una vaga inquietud (de estos mismos sentimientos empieza a participar Gerda desde que se ha aclimatado a nuestras latitudes).

A mediados de julio pasado me lo encontré a la salida de una sesión nocturna de cine. Me sorprendió su aire alicaído, él siempre tan optimista y animado.

— ¿De Rodríguez? —pregunté por decir algo—.

— Sí, tengo la familia en Suecia, en casa de los suegros.

— Será por esto que no pareces muy contento.

— ¿Tienes prisa? —inquirió sin responder a mi comentario—.

— No.

— Pues vente conmigo a casa y tomaremos unas copas.

Conque fuimos a su casa, que está en la parte alta de la ciudad, me invitó a pasar a la terraza y preparó sendos whiskys. El fresco nocturno y el perfume de un jardín cercano recién regado constituían un regalo para los sentidos después del sofocante día veraniego.

— Bueno —empecé yo después de despojarme de la americana y colocar los pies sobre una banqueta— ya me explicarás lo que te preocupa, porque para ser un Rodríguez no pareces muy satisfecho.

Pepe se arrellanó en una butaca frente a mí e hizo entrechocar los cubitos de hielo de su vaso antes de empezar.

— Tú sabes perfectamente que a mí nunca me ha gustado hacer de Rodríguez. Soy un hombre básicamente hogareño. El problema es mucho más grave. Hasta hace tres días exactamente las cosas me iban viento en popa. Había embarcado a la familia rumbo a Suecia y me disponía a gozar de mis vacaciones en el mar. Una de las razones por las que conseguí librarme de la maldición anual fue porque Luis Olmedo, el millonario ese, me ha encargado que le lleve su nuevo velero, el “Saudade”, de casi veinte metros de eslora, de Alicante, donde lo tiene amarrado, a Ajaccio donde me espera a finales de mes para proseguir el crucero con su familia y unos cuantos invitados de postín. Además de pagarme todos los gastos habidos y por haber, desplazamientos en avión, hoteles, cenas con la tripulación y todo lo que puedas pensar, el hombre me afloja doscientas mil pesetas en concepto de “argent de poche”...

— No está mal —silbé admirado—.

— ¿Que no está mal? ¡Está pero que muy bien! Sobre todo en estos

tiempos que corren ¡No es que me falte trabajo, pero las cosas ya no son como antes! Con parte de est dinero he pagado los pasajes de avión de Gerda y los niños que suben una burrada. Este ha sido mi argumento decisivo para quedarme en tierra y no acompañarlos.

— Ante semejante panonarma no veo la razón para que exhibas esta cara de condenado a galeras.

— Ahora lo comprenderás enseguida —Pepe hurgó en el bolsillo del pantalón, sacó un arrugado telegrama azul y me lo tendió—. Léelo y ya me dirás si tengo o no motivos para estar preocupado. Es de Suecia.

Lo cogí lleno de perplejidad y leí: “Viernes 15 amiga Elisabeth llegará Costa Brava Expres pasar vacaciones casa. Hazle estancia agradable, Identificación traje blanco clavel rojo. Abrazos. Gerda”.

Se me escapó otro silbido de admiración pero al levantar la vista del papel sorprendí los ojos de Pepe que me miraban angustiados.

— A esto le llamo yo tener potra —exclamé admirado— ¡Y mañana es precisamente viernes 15!

— ¡Qué potra ni qué niño muerto! —se enfadó mi amigo— ¡Esta Elisabeth o como se llame no me va a traer más que complicaciones!

— ¿Complicaciones? —pregunté sin comprender—. Apuesto a que debe de ser una vikinga de campeonato. No sé qué más quieres.

— No quiero nada, no quiero ninguna vikinga. Quiero que me dejen en paz. Quiero a mi mujer, eso es todo.

Lo miré con curiosidad y admiración. Si alguna vez había habido en el mundo un hombre con más motivos para ser feliz, éste era mi amigo del alma: primero, era el Rodríguez más perfecto que jamás había existido bajo la capa de los cielos. Segundo, le invitaban a practicar su deporte favorito en las mejores condiciones. Tercero, le metían dinero en los bolsillos a manos llenas. Y cuarto ¡su propia mujer le facturaba un bombón desde Suecia

con el ruego de que la hiciera feliz en su propia casa! Y sin embargo parecía todo lo contrario. Lo tenía ante mí hecho un manojo de nervios y farfullando incoherencias. La vida nos depara a veces sorpresas de este calibre.

— Pues me parece que de esta no te escapas —dije yo devolviéndole el telegrama—. Tu mujer te ordena que le hagas la estancia agradable en tu casa, donde estamos ahora. ¿Te imaginas lo que esto significa?

— Me lo imagino demasiado bien y esto es lo que me desconcierta. No se qué sabio dijo que los hombres nunca conoceremos a las mujeres, y a las suecas menos que a ningunas otras. Después de diez años de matrimonio con Gerda todavía no he llegado a ver claro a través de la nebulosa boreal que envuelve su pensamiento. Las escandinavas son desconcertantes. A veces son tímidas como gacelas y se ruborizan por la galantería más tonta y otras se sacan los sostenes en público con la excusa de tomar el sol. Todavía no se si es celosa o no. Me inclino a pensar que no debe de serlo cuando me envía a una amiga suya a casa. O me debe de tener por un perfecto Galahad. Hace tres días que no hago más que darle vueltas a la cabeza a eso de “hazle la estancia agradable”. ¿Qué querrá decir exactamente?

— Llámala y pregúntaselo.

— No hay manera. No contesta nadie. Se habrán ido de excursión a una cabaña de troncos que tienen en una isla más fúnebre que otra cosa.

Nos llamamos los dos y yo bebí un sorbo de whisky para aclararme las ideas. Comprendía perfectamente el mar de dudas y perplejidades en que debía de debatirse mi amigo. De un televisor cercano nos llegaron los compases saltarines de una musiquilla de moda.

— Después de mucho cavilar —prosiguió Pepe guardándose el telegrama en el bolsillo— he llegado a la conclusión de que esto de hacerle la estancia agradable sólo puede significar dos cosas: servirle el desayuno en la cama y acompañarla de tiendas, o acostarme con ella, así por las buenas.

Yo asentí en silencio. Pepe encendió un cigarrillo y continuó con el ceño fruncido:

— Ambas posturas tienen sus riesgos. Si opto por la primera, es muy posible que al tercer día de servirle el desayuno, me tire la bandeja a la cabeza y me pregunte sarcásticamente si esto es todo lo que se hace con una invitada. Si pongo en práctica la segunda, puede ocurrir que la chica me sacuda dos tortazos y me pregunte que por quién la he tomado, con la agravante que escriba a mi mujer para explicarle la clase de cerdo con el que se ha casado.

— A lo mejor lo que tu mujer pretende realmente es que te acuestes con ella, que la hagas feliz en una palabra. ¿No son los esquimales los que prestan su mujer al primer viajero que llega a su igloo?

— Mi mujer no es esquimal, es escandinava.

— Bueno, pero algo de sus costumbres se les habrán pegado ¿no?

— Bromas aparte, lo que sí es verdad es que las escandinavas son muy tolerantes. O por lo menos tienen esta fama. Pero no se si hasta el extremo de estimular a sus maridos para que se acuesten con sus amigas.

— Inténtalo. Con probar no pierdes nada. Lo peor que te puede ocurrir es que te suelte dos tortazos.

Pepe expelió una bocanada de humo y con la misma mano que sujetaba el cigarrillo se acarició la frente con un ademán pensativo.

— No me entiendes. Lo que yo no quiero es complicarme la vida. Soy muy feliz con Gerda. Estoy muy enamorado de ella. Es buena, cariñosa, servicial, me cose los botones... no hagas caso de esta leyenda negra de las mujeres suecas despóticas y mandonas, empeñadas en la lucha diaria contra el hombre para arrojarlo de su pedestal y obligarle a fregar platos y cambiarles los pañales a los niños. La mayoría lo hacen encantadas. Yo jamás he lavado los platos y menos he cambiado los pañales a mis hijos. A veces pienso que si me quiere es precisamente por esto. Es una esposa ideal, una cocinera estupenda, bueno, tú ya lo sabes.

— Aquel jamón ahumado que prepara por Navidad es para chuparse los dedos —suspiré poniendo los ojos en blanco—. Canela fina.

— Y aparte de poseer todas estas virtudes, muy raras hoy en día, está buenísima —reconoció en un arranque de franqueza—.

— Sí, señor, está buenísima —convine con él más que convencido—. El tipazo de tu mujer es de los que quitan el hipo.

— ¿Entonces crees que debo de arriesgarme a mandarlo todo al carajo por culpa de esta amiga suya?

— Hum —murmuré dubitativo— quizás sea una birria de chica. O su vieja profesora de música y no te tienta la aventura.

— No lo creo, quiero decir: no creo que sea su vieja profesora de música. Tengo el presentimiento de que es una mujer de bandera.

— Yo también —asentí lúgubremete—.

— No hago más que pensar en ella.

Paladeamos nuestros whiskys en silencio.

— Si por lo menos tu mujer nos diera una pista sobre lo que ella entiende por hacerle la estancia agradable.

Pepe se levantó, dio unos cuantos pasos por la terraza llena de flores y finalmente se detuvo ante mí.

— ¿Quién se cree que soy mi mujer, San Francisco? —preguntó belicoso—. Pues está muy equivocada. Soy tan vulnerable como cualquier hijo de vecino y si me presenta un bombón en bandeja no le voy a hacer ascos. Aplastó nerviosamente el cigarrillo a medio consumir en un cenicero y prosiguió: —Pero no, esto no es posible, es demencial, no tiene sentido —estalló exasperado—. ¿Cómo me va a sugerir mi propia mujer que me acueste con su amiga?

Yo me encogí de hombros.

— Chico, no se qué decirte, soy incapaz de descifrar el pensamiento de Gerda a cuatro mil kilómetros de distancia. A lo mejor sólo pretende que la acompañes de tiendas y nosotros estamos haciendo una montaña de un grano de arena.

Pepe se dejó caer en la butaca desalentado.

— ¡Ir de tiendas! ¡Y con una desconocida! Me gustaría que me dijeran qué pecado he cometido para merecer semejante castigo. Yo sólo soy un pobre y honesto padre de familia que aspira únicamente que le dejen gozar de las vacaciones y embarcarse rumbo a Córcega en un velero de veinte metros de eslora. Porque además, como si lo viese, esta chica me hará retrasar la fecha de mi partida.

— Invítala al crucero.

— ¡Tú estás loco! ¡No sabes lo que te dices! ¡Invitarla al “Saudade” con los Olmedo!

— Apuesto a que le gustaría.

— ¡Toma, y a mí!

— Y seguramente también a tu mujer. No la podrías atender mejor. Me refiero a la chica.

— Demasiado bien. Mira, no sigas por este camino. Tengo el presentimiento que estamos desvariando y viendo fantasmas donde no los hay. Lo que mi mujer quiere que haga es que la atienda bien, como podría atender a su suegra (¡Dios nos libre!) o a mi propia hermana. Nada más. Y esto es lo que voy a hacer, una política de estricta corrección y neutralidad. No quiero complicaciones.

— De acuerdo, tú no quieres complicaciones, pero ¿y si la chica opina lo contrario?

— En primer lugar ¿cómo sabes que es una chica?

— Si es amiga de tu mujer tendrá alrededor de treinta años.

— Vale, pero ¿si a mí no me gusta, qué? Y además ¿por qué se me habrá de insinuar o coquetear conmigo?

— Hombre, tú eres un tipo muy viril aunque feo con ganas, hay que decirlo todo.

— ¡Pues mira que tú ¡ A veces nos confunden en la calle.

— Olvídate de mí —repliqué molesto— y concéntrate en tu problema. Piensa que pasarás varias noches con ella, bajo este mismo techo, en esta misma terraza. Y ya sabes lo que ocurre en estas circunstancias: la soledad, el silencio nocturno, la atmósfera de ilicitud que os envolverá mientras tratáis inútilmente de concentraros en “Dallas”. Ella quizás lleve un salto de cama transparente con la excusa de estar cómoda y se le afloje un poco por delante...

Pepe lanzó un gemido y se retorció sus manos grandes tostadas por el sol y curtidas por el salitre y el roce de los cabos.

— ¡Cállate, maldita sea! ¡Vas a ponerme más nervioso de lo que estoy!

— Sólo intento prevenirte, ponerte en guardia.

— No hace ninguna falta. Todo esto que me insinúas lo he pensado cien veces. —Pepe apuró el resto del whisky y se rehizo con un esfuerzo—. No perdamos la sangre fría. Estamos divagando. No sabemos nada ni cuáles son sus intenciones, ni las de mi mujer, ni lo que pretende que haga con ella, ni lo que ella espera de mí, nada de nada. Todo esto intentaré averiguarlo sobre la marcha y entonces obraré en consecuencia.

— No tienes otra opción. Me parece una conducta muy sensata.

— Gracias. Oye ¿te importa acompañarme a la estación?

— Nada me puede causar más placer. Me encantará ser tu carabina. ¿A qué hora llega el tren?

— A las diez y pico. A las nueve te pasaré a recoger por la esquina de tu casa. Se puntual.

— Descuida, allí estaré como un clavo. Hay cosas que no me perdería por nada del mundo.

* * *

Camino de la estación, Pepe se detuvo en una floristería para comprar un ramo de claveles.

— Es para facilitar el encuentro —me explicó— y darle la bienvenida.

Más tarde estuvo a punto de saltarse una luz roja. El frenazo que pegó atrajo sobre nosotros las iras y los insultos de los peatones, que Pepe, totalmente absorto, ignoró por completo.

— Tómalo con calma —le recomendé—. Estás muy nervioso.

— Sí, estoy muy nervioso —reconoció francamente, arrancando, cuando la luz se puso verde—. Me siento como el chico que acude por primera vez a una cita con una chica succulenta.

— Recuerda tu línea de estricta neutralidad y corrección. “En la duda, atrinchérate” recomienda el duque de Wellington.

— Esto es lo que voy a hacer, atrincherarme.

Tuvimos suerte y conseguimos aparcar en un hueco providencial a menos de cien metros de la entrada de la estación terminal. El día era radiante, el mejor día para recibir a una vikinga. Ni una sola nube enturbiaba el azul profundo del cielo estriado por el vuelo de las golondrinas. El sol se derramaba a raudales sobre las calles y los transeúntes que buscaban la sombra de los árboles. Se respiraba un exultante aire de vacaciones, de liberación, de euforia vital. En la estación reinaba el barullo habitual propio de estas fechas. Hileras de taxis se detenían ante la marquesina, descargaban, volvían a arrancar con un nuevo cargamento. Los altavoces vomitaban sus confusas

consignas fulminando a grupos enteros de desorientados viajeros que intentaba en vano descifrar el mensaje. Soldados de permiso, chicos y chicas rubios cargados con grandes mochilas, marroquíes renegridos, familias enteras que iniciaban el éxodo anual a la playa, niños con cubos y palas, todos se mezclaban en babélica confusión en el hall y los andenes.

Nos detuvimos frente al panel de partidas y llegadas internacionales. Allí estaba nuestro tren, el Costa Brava Exprés, procedente de París, con llegada a las 10,05, por la vía 3. Pepe consultó su reloj.

— Faltan todavía veinte minutos. Vamos a tomar un café.

— Será mejor que te tomes una tila.

Conseguimos abrirnos paso hasta la atestada barra del bar y Pepe pidió dos cafés. Observé que las manos le temblaban ligeramente cuando revolvía el azúcar con la cucharilla lo cual me dio mucha pena.

— Calma, muchado, calma, no estás cometiendo ningún delito ni ninguna acción deshonrosa. Te estás limitando a cumplir al pie de la letra las instrucciones de tu mujer. Hasta aquí todo es legal.

— No sólo de peca de obra —murmuró Pepe sombríamente—. Esta noche la he pasado íntegra soñando con Elisabeth y te aseguro que no jugábamos al parchís precisamente. Tiene las mismas piernas que Bo Dereck.

— Lo más probable es que gaste gafas y zapatos del 42.

Pepe se pasó el pañuelo por la frente húmeda de sudor, como si no me hubiera oído.

— La culpa de todo la tiene mi mujer y nadie más que mi mujer por no ser más explícita. Yo no tengo madera de santo. Podría imaginarse perfectamente lo que ha ocurrido.

— Todavía no ha ocurrido nada —dije yo pagando y apartándolo de la barra—. Vamos.

Nos encaminamos a la vía 3 sorteando densas oleadas de viajeros. Mozos con carretillas se alineaban ya a lo largo del andén. Pepe escrutó ansiosamente las bruñidas cintas de acero que se extendían rectas y solitarias bajo la alta marquesina encristalada. De alguna manera trataba de ocultar tras la espalda el monumental ramo de claveles.

— Cuando Shakespeare dijo aquello de “to be or not to be” debía de referirse a una situación parecida —pensé yo en voz alta—.

— ¿Decías algo? —preguntó Pepe distraído—.

— Nada, nada, pura elucubración mental.

Tras los estertores y crujidos habituales, los altavoces anunciaron que el Costa Brava efectuaría su entrada dentro de breves minutos por la vía prevista. Como efectivamente así ocurrió. Llegó con asombrosa puntualidad. Al final de la vía asomó la locomotora azul y amarilla remolcando una larga hilera de coches verdes y azules. Por el rabillo del ojo vi cómo Pepe tragaba saliva con dificultad. En cierto modo su estado de ánimo era muy semejante al del hombre al que obligan a saltar al vacío con los ojos vendados. Con un sordo zumbido de electroimanes y ventiladores, los 4.000 HP de la potente locomotora desfilaron lentamente ante nosotros y el prestigioso expés internacional se inmovilizó finalmente con un ligero chirrido de frenos. Las puertas de los coches-camas se abrieron y los viajeros empezaron a apearse. Los mozos se acercaron con sus carretillas. Pepe y yo nos apartamos unos metros para tener una visión de conjunto.

— Tú busca por delante y yo buscaré hacia atrás —ordenó Pepe corriendo por el andén a grandes zancadas.

Seguí sus instrucciones y me fijé en todas las viajeras. Algunas eran jóvenes y llevaban trajes claros pero ninguna un clavel rojo que me permitiera identificar a Elisabeth. Una cortina de agentes de viaje, y viajeros masculinos me dificultaba la visión. Suerte que soy bastante alto y esto me daba

considerable ventaja. Pero ni por esas. La chica no aparecía por parte alguna. Miramos nerviosamente a lo largo del tren. Nada, ni rastro de una joven con un clavel rojo.

— Esto me huele a chamusquina —dije yo—.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando vi cómo Pepe se inmovilizaba de repente y miraba como petrificado hacia el último coche-cama. Seguí la dirección de su mirada y localicé a una joven rubia enfundada en un traje blanco de corte veraniego que, desde lo alto de la portezuela, miraba por encima de aquel agitado mar de cabezas. Sus sedosas y esbeltas piernas reposaban en tacones agudos como estiletes y en uno de los tirantes que sostenían el escotado vestido llevaba prendido un hermoso clavel rojo. No se parecía a Bo Dereck. Era muchísimo más guapa. Sin decirme una sola pañabra, Pepe me sujetó fuertemente el brazo, me entregó el ramo de claveles y me empujó en su dirección.

— Ve tú —consiguió articular por fin con voz ronca—. Hazme este favor, te lo ruego, yo no puedo.

Sujeté el ramo con decisión y avancé como un autómatas hacia la joven rubia.

— ¿Elisabeth? ¿Eres tú Elisabeth? —inquirí con voz tranquila pues todo había ocurrido tan precipitadamente que no me había dado tiempo a ponerme nervioso—. Yo soy Pepe, el marido de Gerda —mentí descaradamente con aplomo sin igual—. The Gerda's husband.

— Are you Pepe? —preguntó a su vez aquella super-Bo con una sonrisa luminosa, apresurándose a bajar los dos escalones que la separaban del andén. Al hacerlo, la estrecha falda moldeó sugestivamente sus largas piernas de maniquí. Dos ojos grandes y grises como fiordos al atardecer, llenos de cálidas promesas, flotaron hacia mí. —I am so glad to see you, darling!

Y me echó los brazos al cuello.

El resto del cuento, como diría Kipling, es otra historia que no tengo tiempo ni espacio para contar aquí, entre otras cosas, porque ya he sobrepasado los diez folios que me autorizan las bases de este concurso. Lo que sí puedo hacer es adelantar a mis lectores integristas que Elisabeth no atentó lo más mínimo contra la fidelidad conyugal de mi amigo.

